

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 13. — N° 94.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El fuerte de Bomar-Sund; grabado. — El Tigre y la Zorra. — Revista de Paris. — La corona de oro. — Los prisioneros de Bomar-Sund en la isla de Aix; grabados. — Monumentos anteriores al siglo XIII. — La leyenda de Whittington. — El bambú de China. — Las flotas en Varna el 15 de setiembre; grabados. — Margarita Pusterla. — La Dobrudja; grabados. — Los fuegos de Holy Head. — Revista de la moda. — Sports de Longchamps; grabados.

El fuerte de Bomar-Sund.

Con el dibujo que acompaña á estas líneas y que representa la vista interior del fuerte de Bomar-Sund, después de su ocupacion por las tropas aliadas, completamos la serie de grabados relativos á la toma de aquella fortaleza por las fuerzas de las dos potencias

reunidas. Probablemente, este será el último dibujo que podremos ofrecer este año á nuestros lectores sobre las operaciones de los ejércitos en el Báltico que, según nuestras noticias, y á juzgar por la vuelta á Francia de la division expedicionaria mandada por el general Baraguey de Hilliers, deben considerarse por ahora como terminadas.

Segun un periódico de Estocolmo, el *Aftonbladet*, las ruinas de la fortaleza de Bomar-Sund, de cuya destruccion hablamos ya en nuestro último número, pertenecen en el dia á un sueco llamado M. Claes Berggren que sirvió de intérprete al general en jefe de las tropas francesas, y á quien el general dió permiso para que dispusiera libremente de aquellos escombros. M. Berggren ha tratado ya con varias personas domiciliadas en Estocolmo para transportar á Suecia los materiales procedentes de Bomar-Sund.

De este modo a abará de desaparecer hasta el último rastro de la fortaleza que va representada en nuestro dibujo.

El Tigre y la Zorra.

LEYENDA TRADICIONAL.

(Conclusion.)

VI.

CATÁSTROFE.

En la misma habitacion
De la casa de Castrillo
Que anteriormente con pluma
Minuciosa hemos descrito,
El infelice Tomás
Yace con rostro abatido
Mil contrarios pensamientos
Revolviendo en su delirio.
A pocos pasos Garduña
Le observa inmóvil y frio



Vista interior del fuerte de Bomar-Sund, después de su ocupacion por las tropas aliadas.

Muda imagen de la muerte
Que allí ejerce su dominio,
Y sin duda no le cuadra
Aquel silencio fatídico,
Pues componiendo el semblante
Y con acento meliflúo
Dijo, de paso lanzando
Un hipócrita suspiro :
— Calma tu aflicción, Tomás.
Pues no hay salida ninguna
Vuelve el rostro á la fortuna,
Y sé verdugo.
— Jamás.
— ¿Tanto el oficio aborreces
Que á ser hombre te levanta?
— ¡Mas que al cordel la garganta!
¡Prefiero morir mil veces!
— ¡Eres joven!

— ¡Es verdad!

En esta edad de placeres
Hay amor en las mujeres
Y en los hombres amistad.
Se goza en una sonrisa,
Se vive en una mirada,
Edad bella y envidiada
Con el placer por divisa.
Para todos ¡ay de mí!
Edad de goces y encanto,
Pero para mí de llanto,
Pues en la infamia nací.

Si acaso en una mujer
La vista tijo causada,
Y ella quiere á esta mirada
Con amor corresponder,
Un espíritu infernal
De mi nombre aborrecido
Desliza el eco en su oído...
¡Y adios vision celestial!
Ya en mi triste primavera
Sufro del destino el yugo :
« Es el hijo del verdugo, »
Oigo murmurar do quiera,
Y como objeto de horror
Todos se apartan de mí...
¿Qué es la juventud, si así
La ha emponzoñado el dolor?
Ya que me cierra el camino
De salvación cruda suerte,
Yo venceré con la muerte
¡La injusticia de mi sino!

Su desesperada queja
Hubo apenas concluido
El desdichado mancebo,
Cuando al compás de los gritos
Del populacho cruel
Que bulle fuera intranquilo,
En la puerta resonaron
Tres golpes y á un tiempo mismo
Abrid á la ley, con dura
Precisión una voz dijo.
Con el cabello erizado
De terror y el rostro lívido,
Una mirada suprema
Tendió el hijo de Castrillo
De la habitación en torno,
Hierro buscando mortífero
Con que acabar de su vida
El insufrible martirio.
Cruzado en tanto de brazos
Garduña observa tranquilo,
Crece en la calle el rumor,
Crujen los vetustos quicios
De la puerta, hasta que al suelo
Con rumor siniestro vino;
Mas cuando en la habitación
Penetraron los ministros
De la ley y los arqueros
De plebe adusta seguidos;
Solo á Garduña encontraron
Que asomado al ventanillo
Que da al Esqueva, señala
En su cenagoso vidrio
Al desdichado Tomás,
Que lanzando un ¡ay! tristísimo,
Se abre la tumba en el negro
Fondo de su cauce frío.
Cuando adquirieron las aguas
Su reposo primitivo,
Garduña, el rostro animado
De un infernal regocijo.
Al atónito concurso
De aquel suceso testigo,
Dijo con solemne acento
Su talle irguiendo raquíptico :

— Juan y Tomás ya no existen;
Pero á falta de un Castrillo
Yo seré el ejecutor,
Pues tengo amor al oficio.

Y es fama en Valladolid,
Que desde aquel punto mismo,
Siempre que un reo en la plaza
Exhala el postrer suspiro,
Desde el fondo del Esqueva
Responde con un gemido
El ánima abandonada
Del hijo de Juan Castrillo.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

Revista de Paris.

He aquí el argumento de una comedia en dos actos representada últimamente en Paris con el título de *Un Casamiento parisiense*, que encierra un cuadro de costumbres de una realidad palpante.

— Amalia, querida mía, ven á la sala con nosotros, pues deseamos hablarte, dijo un día madama de Villiers á su hija, que la siguió sin contestar una palabra.

La familia se hallaba reunida á unas horas en que por lo común cada cual se hallaba todavía en su cuarto; la joven conoció que habia algo de nuevo, y su tierna inteligencia de diez y ocho años adivinó fácilmente cual seria la naturaleza de tan grave asunto. Su abuela estaba sentada en una enorme butaca, y tomaba el rapé con mas solemnidad que de costumbre, su madre estaba seria, y su hermano queria disimular su gravedad con una distracción que no engañaba á nadie.

Amalia se habria quedado espantada con el aire imponente de aquel conciliábulo de familia, si no hubiera descubierto tambien algunos asomos de alegría en aquellos rostros severos.

— Hija mía, exclamó lentamente madama de Villiers, recalando mucho sus palabras, tenemos que consultarte sobre un buen partido que se te presenta. El señor marqués de Abrigny nos ha pedido tu mano; es un hombre de treinta años y de una presencia agradable.

Amalia no respondió que no le conocia, porque esto es cosa secundaria en los arreglos matrimoniales del día, ni tampoco preguntó por qué casualidad el marqués de Abrigny pensaba en Amalia Villiers, hija de un antiguo banquero. El marqués de Abrigny pertenecía á la nobleza antigua, pero su familia estaba completamente arruinada, y queria dar lustre á su nombre con la inmensa fortuna de la joven Amalia.

Sin analizar estas cosas de un modo tan positivo como nosotros lo hacemos, la hija del banquero las vió con bastante claridad para poder comprenderlas, y no se mostró ajada ni sorprendida. Ya se ve, ¡hay en Paris tantas jóvenes llenas de dinero! Aun debia darse por contenta de que la eligieran; y por último, en la cuestion de matrimonio Amalia sabia muy bien que el interés recíproco es lo primero, y que solo se trata el capítulo del amor cuando ya dos escribanos estipularon que las fortunas se convienen.

Sin embargo la joven se entristeció y bajó la cabeza á pesar suyo; queria callarse, pero los latidos de su corazón la ahogaban, y no pudo ménos de exclamar :

— ¡Sin conocerle! ¡sin haberle visto!

— ¡Oh! No por cierto, dijeron en coro todas las personas de la familia; hay que conocerle bien ántes, pues nunca te casaremos, Amalia, sin que estemos seguros de que serás dichosa.

Y madama Villiers tomó al decir esto un aire de dignidad maternal que apenas disimulaba el orgullo de ver que su hija era solicitada por un noble. No se vende á una hija por un nombre brillante, pero sí se entrega á un joven de excelente carácter y corazón, de una lealtad á toda prueba, y que reúne la circunstancia de ser marqués, así como tambien el joven, por su parte elige una mujer virtuosa y modesta, con quien se casaría por sus hermosos ojos, pero que reúne á su vez la circunstancia de poseer veinte mil pesos de renta.

Convínose pues en que se daría una respuesta evasiva que á nada comprometiera, pero que sin embargo pudiera dejar al pretendiente cierta dosis de esperanza. Despues de esta grande decision, la familia quedó sumergida en el mas profundo silencio. Amalia permanecía con la cabeza baja.

— Mucho siento que vayas á vivir al barrio de la nobleza que está bien lejos de aquí, dijo la abuela; yo ya no puedo andar, y no me gusta mucho salir de casa.

— Pero, abuelita, nada está decidido aun...

— Es verdad, hija mía, he querido decir que lo sentiría.

— El coche está dispuesto, dijo un lacayo entreabriendo la puerta.

— Amalia, ponte el sombrero y saldremos un rato, dijo madama de Villiers preparándose á bajar á la calle.

Algunos minutos despues estaban en la carretela.

— Vamos á casa de la modista, dijo la madre de Amalia al cochero.

— ¿Y para qué?

— Creo que no hay inconveniente en que veamos ya algunas muestras de vestidos.

— Pero si nada está decidido aun...

— Es verdad, hija mía, pero nada se pierde... si nos decidimos despues, tendremos eso adelantado.

Al otro día un amigo de la casa presentó al pretendiente en la tertulia. El marqués fué recibido con urbanidad, pero sin que hicieran mas caso de él que de los otros. Si madama Vi-

lliers lo seguia con los ojos, tenia buen cuidado de que nadie lo notara.

El marqués era un hombre de mundo y en toda la noche se acercó á su pretendida, pues esto habria sido declarar demasiado pronto sus intenciones. Se contentó con hacerla un saludo mas respetuoso y señalado que á las demás personas, pero se fué á jugar al *wits* con la abuela, habló del Teatro Italiano con madama Villiers y de las carreras de caballos con su hijo. En una palabra, estuvo de una amabilidad que dejó encantado á todo el mundo.

Cuando todos se retiraron, madama de Villiers, rebosando de júbilo, exclamó dirigiéndose á su hija :

— ¿Qué te ha parecido, Amalia? No he visto nunca un hombre que me agrade tanto. ¡Qué tacto, qué modales! Es un joven perfecto, hija mía.

Amalia bajaba los ojos en silencio, y como su madre renovara la pregunta, respondió balbuceando :

— Es verdad... el marqués de Abrigny es todo un caballero, pero yo no le conozco...

— Ni tampoco yo, interrumpió la madre con presteza; pero no te imagines que queremos decidir tu suerte con precipitación; al contrario, queremos caminar con mucho pulso, todo lo dejamos al tiempo.

Al cabo de unos instantes de silencio madama de Villiers progujó hablando con su hija :

— Querida mía, tendrás que peinarte de otro modo, tendrás que hacerte bucles, las mujeres casadas no llevan otra cosa.

— Muy bien, mamá, contestó Amalia.

El marqués continuó sus visitas, cada vez mas amable y atento. La familia estaba loca de alegría.

Por fin una mañana Amalia tuvo que comparecer de nuevo ante la reunion de sus parientes, y su madre tomando la palabra, la dijo :

— Hija mía, es imposible dejar mas tiempo al marqués de Abrigny en la falsa posición en que se halla por darte gusto. Es preciso darle una respuesta; la delicadeza lo exige, y ahora que le conoces (habia pasado un mes), puedes decidirte. ¿Qué mas esperas? Yo, tu madre que te idolatra, puedo asegurarte que el marqués está enamorado de tí hasta el último extremo, y que es un hombre de mundo como hay pocos.

Amalia pidió hasta el otro día para dar respuesta, y se volvió á su cuarto, donde se sentó ocultando sus ojos en sus manos. Su instinto de mujer la decia que aquello no era el amor ni la felicidad, que no sabia una palabra de lo que debia saber acerca de su prometido, y que iba á decidir ciegamente del porvenir de toda su vida.

Terrible fué aquel momento para la joven, pero al cabo y al fin se hizo la reflexión de que en la vida que llevaba nunca podria conocer á fondo á ningun hombre, que toda intimidad seria imposible ántes del matrimonio y que, bajo esta suposición, lo mismo daba casarse con el marqués de Abrigny que con otro hombre cualquiera.

A la otra mañana dió Amalia su consentimiento.

Se decidió que la boda tendria lugar dentro de veinte días, pues al marqués le precisaba hacer un corto viaje al cabo de ese tiempo á sus dominios. En sus visitas posteriores, el marqués consultó á la hija del banquero sobre los muebles de su nueva casa, sobre el color que preferia para sus vestidos, sobre las piedras de sus aderezos y sobre la forma que mas la gustaba en las carretelas, y á cada cosa se lamentaba de la necesidad en que se veia de hablar de todo esto, cuando tenia tantas otras cosas que decir á su linda prometida, pero el tiempo era precioso, no podia perderse ni un minuto.

— ¡Qué hombre tan amable! exclamaba la abuela; en todo piensa, no se le olvida nada de lo que puede agrandar á nuestra Amalia.

Y la pobre anciana se enjugaba una lágrima de ternura.

Se firmó el contrato, y á la otra mañana el lacayo del señor marqués trajo á la joven desposada un magnífico ramillete. Amalia se conmovió al mirar aquellas flores, pues encontraba en ellas no sé qué recuerdo de su infancia, de sus diversiones sencillas y de sus días alegres de otro tiempo.

Cuarenta y ocho horas despues toda la casa era un bazar en donde se veian pomposamente expuestas todas las galas de la novia; trescientas personas estaban convidadas á examinarlas. En aquellos dos días la casa habia estado entregada á las costureras, las modistas, los joyeros, etc., etc.; los salones se hallaban transformados en inmensas tiendas, y apenas habian salido los obreros, cuando entraban ya los convidados.

Amalia se acostó aquella noche rendida de cansancio. Su madre se hallaba en el colmo de la alegría; habian alabado, habian puesto en las nubes á su Amalia y á todo cuanto la pertenecía. La joven tambien se habia embriagado tanto con las lisonjas que habia recibido, con la envidia que habia excitado, que se durmió murmurando :

— ¡Marquesa de Abrigny!... ¡Veinte mil pesos de renta!... ¡Un marido joven!... Sí, sí, soy dichosa.

El día de su matrimonio, Amalia se levantó muy temprano, y cuando ya estaba vestida y se habian retirado sus doncellas, conociendo que era temprano aun para bajar á la sala, se sentó en un sillón con aire pensativo, y sus ojos se pararon involuntariamente en una carta olvidada hacia muchos días sobre la chimenea; la joven la abrió y leyó en ella lo siguiente :

« Querida señorita :

» Susana, su hermana de leche de la aldea, toma hoy la libertad de escribir á Vd. para noticiarle su casamiento con Juanillo el molinero. Dios ha permitido que yo sea dichosa, y esto la llenará á Vd. de alegría. Pronto hará siete años que nos amamos Juanillo y yo; en el día somos marido y mujer, lo que es mucha felicidad despues de haber esperado tanto tiempo.

» He aquí mi historia en dos palabras : Cuando mi padre murió nos dejó llenos de deudas, y como mi madre y yo nunca las habriamos podido pagar con nuestro trabajo, nos amenazaron con vendernos nuestra pobre choza y nuestros malos muebles, lo que de veras habria sucedido sin el pobre Juanillo-

Habia salido libre de la quinta, y estaba contento como unas pascuas, el buen muchacho, pero cuando vió nuestro dolor y la mucha necesidad que teníamos de dinero, se vendió como sustituto en doscientos pesos, que nos entregó, diciéndome: «Adios, Susana, te pido que me esperes.»

» Cuatro años pasé orándole, pensando en él y rogando á Dios por que volviera. Pero ¡qué alegría tan grande experimenté cuando un día del mes de mayo le ví á lo lejos bajar la colina cantando su canción favorita que tantas veces le habia oído ya en otro tiempo. Se habia marchado por el amor que me tenia, y venia á casarse conmigo cuando le habia tocado una herencia; ¡conmigo que nada poseo!... Pero tambien le quiero mucho, y toda mi vida le amaré lo mismo. Un amor como este vale tanto como un buen dote, segun dice Juanillo. Vivimos en aquel molino, á las márgenes del río, que se descubre desde las ventanás de su casa de Vd., señorita. Con nosotros está mi pobre madre que se halla ya al borde del sepulcro.

» Me han dicho, señorita, que se halla Vd. ya á punto de casarse, y seguramente el futuro esposo será un jóven muy guapo que la amaré á Vd., y que será correspondido. Rogáremos á Dios por su dicha de Vd., pero nada mejor puedo á Vd. desearla y á su esposo, que una felicidad como la de Juanillo y

» SUSANA. »

Al concluir de leer este papel, Amalia echó á llorar y cayó de rodillas con las manos cruzadas.

—¿No vienes, hija mia? dijo madama de Villiers entrando en el cuarto de Amalia; mira que te están esperando.

—Sí, allá voy... respondió la jóven enjugando las lágrimas que bañaban su rostro, y tomando su devocionario sobre el cual fijó una mirada como pidiéndole resignación y fuerzas.

Aquí se concluye esta comedia de una verdad mucho mas evidente de lo que quizás suponen nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA.

LA CORONA DE ORO (1).

ODA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

¿Oyes como te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena dó quier: en resonante coro
Que inunda de placer el alma mia,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella, el pueblo no se engaña
En tan grande ovación; que tú constante
Sus fueros defendiste,
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España.
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazón indómito rendiste,
Ni jamás con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria mísera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fueron
De tu canto sublime. Ora en la escena
Al inclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroísmo,
Que á la huesta agarena
Hunde con mano férrea en el abismo;
Mientras arde en amor con llama impura
La infeliz Hormesinda;
El terror hermanando y la ternura:
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar, á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras
La estrella del amor. — Su gloria ostenta,
En Tarifa Guzman. Penoso duelo
Su pecho oprime, en la terrible lucha,
No hay para el padre mísero consuelo.
Antes la patria sea,
Que del hijo, el amor el héroe clama,
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal... Tente; ¡oh verdugo!...
Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llama
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execración el bardo entona;
Cubre el oprobio del infiel la tumba,
Brilla en la de Guzman áurea corona.
En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno

Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano altivo y fuerte
Acometen con ánimo sereno
Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélago espumoso.
Oyese de tu lira el son tremendo
¡Oh gran Quintana! que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea,
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, dó tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escribe los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.

Aun resuena en mi oído
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Oh recuerdo! ¡oh placer! Tu musa entónces
Emulando á la antigua de Tirteo,
Al patriota español enardecia,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
Guerra eterna, gritaba, al extranjero
Que el suelo hispano dominar pretenda.
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazón ardia,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo entusiasmado te aplaudia.
¿Qué fué negado á tu fecundo número?
El cantó la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndole veloz de polo á polo.
Él pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil... Luego evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros y el olvido
De las antiguas venerandas leyes.
¡Saludable lección, terrible ejemplo
Que en el augusto templo
El poeta fatídico presenta!
Suena despues en eco dolorido
Tu lúgubre canción ¡oh gran Padilla!
¡Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al son de roncós atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.
¡Célebre Gutemberg! El vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre;
Y al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Abuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento,
Y el solio hizo temblar del despotismo.
¡Gloria á tí, vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú, cual antorcha en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones
A la estudiosa juventud. Profundo
Historiador y crítico eminente,
Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,
Tu saber admirando,
Cerca de tí gocé! Tambien un día
Me lamenté contigo amargamente,
Cuando el bando opresor nos perseguia,
Cuando el pueblo español con honda pena
Arrastraba la bárbara cadena.
Hoy gozas en reposo
De tus virtudes y afanosa vida
El justo galardón: hoy se adelanta
De la posteridad el fallo honroso,
Que te da la corona merecida.
¡Honor al siglo de cultura tanta!

EUGENIO DE TAPIA.

Madrid 28 setiembre de 1854.

Los prisioneros de Bomar-Sund en la isla de Aix.

M. P. Blanchard, que ha hecho un viaje á propósito á la isla de Aix para ver los prisioneros rusos de Bomar-Sund, escribe lo siguiente de Rochefort con fecha 24 de setiembre:

«Acabo de pasar algunos dias en la isla de Aix, desde donde envié á Vds. varios dibujos que supongo habrán recibido. He visto de cerca la nueva poblacion que encierra ese islote, poblacion pacífica y tranquila, tanto que es preciso violentarse mucho para reconocer en ella á nuestros enemigos; á lo ménos, esa es la impresion que ha producido en mí la vista de los prisioneros de Bomar-Sund.

» Dos caminos hay para ir de Rochefort á la isla de Aix; uno bajando el Charente á beneficio de la marea, y otro mas corto, que pasa por Fouraz donde se encuentran embarcaciones de pescadores que transportan á los viajeros á la isla de Aix, ó á la de Oleron que cierra la rada, y la abriga completamente contra los vientos peligrosos y el furor de las olas alborotadas. Yo me dirigí por el último camino. Fouraz, aldea muy sosegada en el día, presencié hace treinta y nueve años uno de los mas grandes acontecimientos de este siglo: en una escollera de piedra que las arenas del Charente se van tragando de dia en dia, se enseña al viajero una piedra cubierta con una inscripción, que se borra por momentos con el roce continuo de las olas. Sobre esa piedra, Napoleon pisó por última vez el territorio francés, el 13 de julio de 1815, para confiarse á la hospitalidad del Bellerophon. ¿No podria encontrarse una analogia singular entre esa piedra y esa isla de Aix que encierra á los primeros prisioneros de la primera guerra europea emprendida despues de aquella época? Quizás llegará un dia en que la historia pensará en ello.

» Esta palabra prisionero, lleva consigo la idea de la reclusion, y por este motivo no pude ménos de experimentar un movimiento de sorpresa, cuando al poner el pié sobre la playa, el primer individuo que encontré antes de descubrir ningun centinela francés, fué un soldado ruso que me saludó con mucha afabilidad y cortesía. Cerca del cuerpo de guardia habia prisioneros y militares franceses hablando juntos, ó al ménos tratando de hacerlo de un modo amistoso. Yo que en mi ignorancia de las cosas, soñaba en cárceles y calabozos, hacia vanos esfuerzos para figurarme que eran cautivos aquellos hombres de apariencia tan alegre, y que parecían no solo resignados, sino aun contentos con su suerte presente. No abrigo la pretension de saber leer en los corazones de los hombres, pero la isla de Aix, por árida que parezca, es sin duda alguna una residencia mas apetecible que Bomar-Sund, y quizás los prisioneros la prefieren porque en ella están bien alimentados, bien tratados, y en ella disfrutan actualmente de un clima que debe parecerles muy benigno, comparado con el otro, donde además tenían en perspectiva balas, bombas y murallas que podian desplomarse sobre sus cabezas. Quizá se me podrá decir que tenían tambien en perspectiva la gloria y el honor, pero francamente, ¿qué valen esas compensaciones en un ejército donde toda la ambición del soldado debe limitarse á recibir una medalla de plata, y donde hay sargentos que jamás saldrán de ese grado?

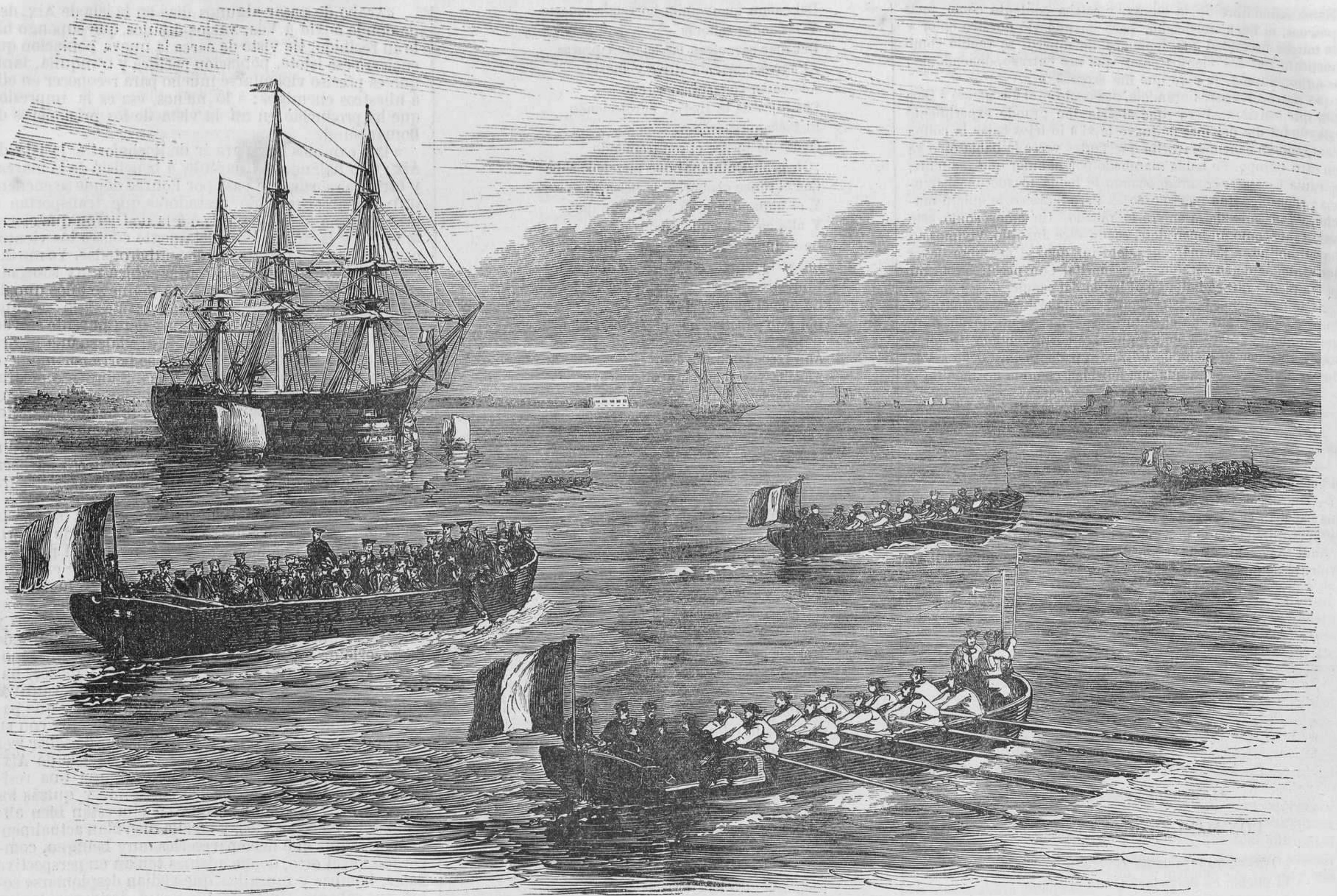
» Los prisioneros rusos llegaron á la rada de la isla de Aix á bordo de los vapores franceses, el *Gassendi* y el *Souffleur*, y de las corbetas la *Recherche* y la *Infatigable*, que los embarcaron en Brest adonde habian ido en fragatas inglesas. Al cabo de cuarenta y ocho horas de observación, fueron desembarcados en muchos viajes por la chalupa del navío el *Luis XIV*, actualmente en la rada, remolcada por dos botes. Esta operación duró poco tiempo. A su llegada á tierra la aduana visita minuciosamente sus morrales, y luego se entregaba á cada uno un haz de paja y una manta, con cuya carga marchaban al alojamiento que les estaba destinado donde les suministraban un saco de lienzo para hacer un jergon con la paja. Las mujeres y los hombres casados fueron instalados en un sitio aparte, y aquella misma tarde la pequeña colonia se hallaba ya al corriente de todo, y parecia que habia habitado siempre en la isla de Aix.

» Los oficiales ocupan un pabellon separado, que comunica con los cuarteles de las tropas. A pesar de todos los esfuerzos que se han hecho, debo confesar que los muebles que les han dado son mequinos; pero la isla de Aix ofrece poquísimos recursos, y no ha podido encontrarse otra cosa. Los oficiales lo reconocen y cuidan principalmente del bienestar de sus soldados, en cuyo punto las autoridades militares francesas les secundan admirablemente; al instante pudieron convenirse de las buenas disposiciones que se habian tomado de antemano, y comprendieron que la isla de Aix no tiene ninguna comparación con la Siberia.

» Los hombres tienen, como ya he dicho, las mismas camas que nuestros soldados en campaña; los pabellones que ocupan están bien aereados y arreglados, aunque sin embargo, no reina en ellos todo el aseo conveniente; es probable que los jefes intervengan en esto. El alimento es el mismo que el de nuestros soldados, pero ¿y el tabaco, el vino y el aguardiente? He aquí lo que es difícil proporcionarse.

» No obstante, los soldados se lo procuran vendiendo sus prendas. Desde la llegada de los prisioneros á la isla de Aix, se hace un comercio inmenso de pantalones viejos de uniforme, de esclavinas de pieles de cordero, de capotes, etc. etc. La aduana está que se desespera; una esclavina de pieles paga de entrada 6 fs. 25 c. de derechos, y sin embargo de que no pudo encontrar ninguna, ahora ve que las cercanías de Rochefort están llenas de ellas, procedentes todas de la isla de Aix. Los pilluelos de aquellos contornos se visten hasta el cuello con un pantalon de artillero, y mas de un buen capote con botones de águila de dos cabezas. cubrirá en las borrascas de este invierno á los pescadores de la

(1) El señor D. Eugenio de Tapia ha querido felicitar á D. Manuel José Quintana, su antiguo compañero, por medio de esta composición hecha con motivo de la suscripción abierta en Madrid para regalar una corona al eminente poeta.



Transporte de los prisioneros rusos de la guarnicion de Bomar-Sund, á la isla d: Aix.

costa que los habrán adquirido por algunas copitas de aguardiente. La diferencia de moneda produce una confusion perpetua para las transacciones; los rublos pasan bien; los kopecks se buscan generalmente para jugar al chito, y en cuanto al papel es de todo punto inútil, pues á pesar de sus apariencias engañosas de billetes de banco, solo se considera bueno para encender la pipa, y los pobres diablos que carecen de otra moneda mas estimada se encuentran privados de los

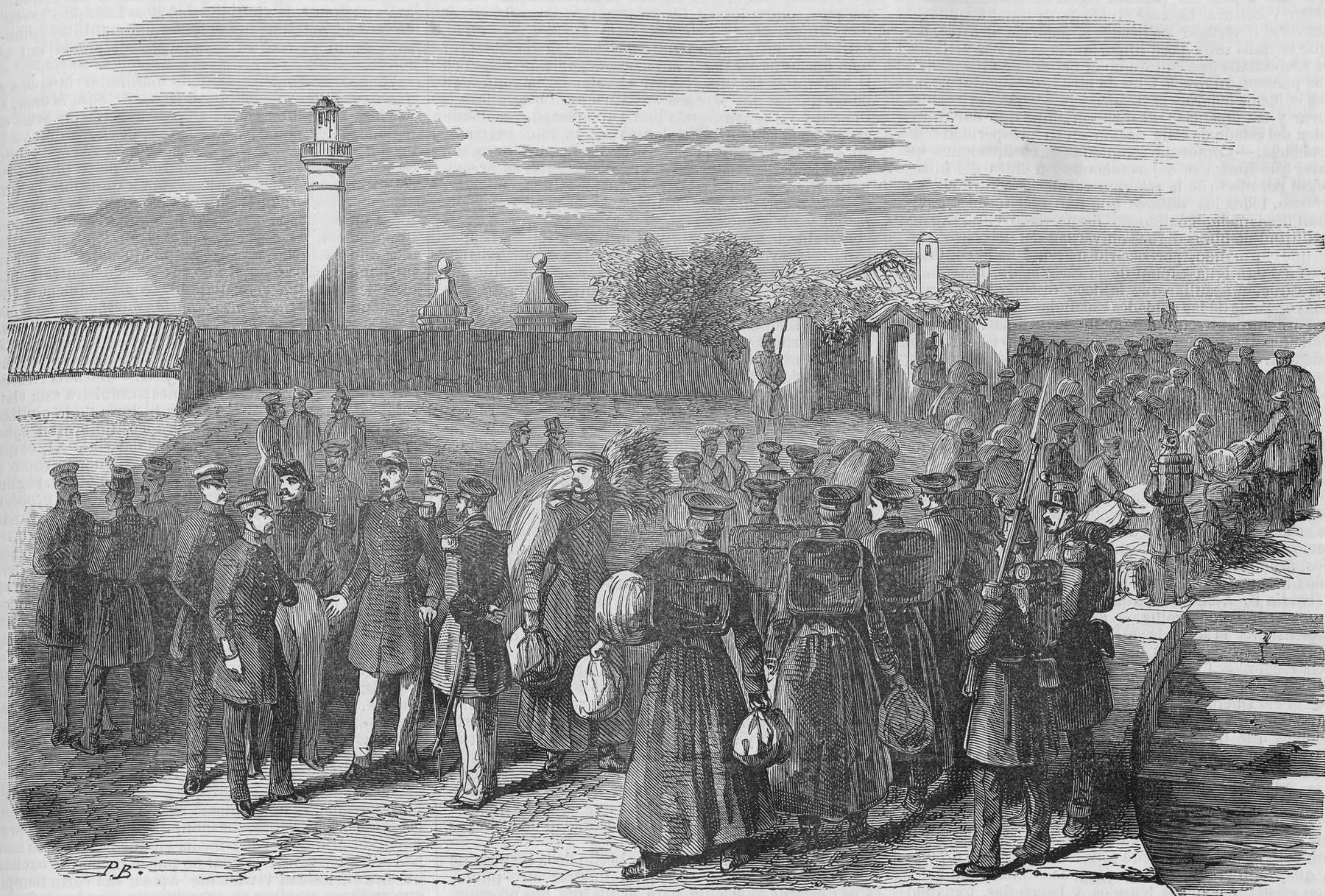
goces que pueden procurarse sus compañeros de infortunio que tienen la suerte de poseer metálico.

» He visitado los cuartos que ocupan las mujeres. Me figuré que encontraria vistosos trajes, como corpiños de colores brillantes y faldas de paño, pero está visto que esos atavíos solo se ven en las mujeres rusas de nuestros teatros; las de Bomar-Sund llevan simplemente un vestido de percal inglés, y van con la cabeza al aire ó cubierta con un pañuelo. Solo una me pare-

ció distinguirse de todas en el traje: estaba en enaguas á causa del calor extremado (hacia doce grados y un viento fresco que me tenia tiritando de frio); un pedazo de lienzo que llevaba arrollado al cuerpo la servia de delantal, y otro por el estilo hacia las veces de pañuelo. En ese ligero traje estaba lavando ayudada por una de sus compañeras algo mas cubierta. Todas ellas llevaban mas que en paciencia su cautiverio, pues oyendo sus cantares y carcajadas descubrí los cuartos que



Tipos de los soldados rusos hechos prisioneros en Bomar-Sund.



Llegada de los prisioneros rusos de Bomar-Sund á la isla de Aix.

ocupaban, y cuando me vieron sacar mi lápiz y mi álbum, se prestaron alegremente á servirme de modelo. Gracias á su amabilidad puedo presentar á los lectores los retratos de las señoras ó señoritas Olga, Mina y Avrura; solo sus nombres me parecen bien característicos.

» Tampoco me fué difícil sacar los tipos de algunos militares; unas cuantas reparticiones de tabaco me pusieron en las buenas gracias de los soldados Chuta, Cachan, Schmeleski, Lieieyne, etc. En un instante se me presentó un ejército de modelos: todos querian ponerse de gala y en actitud militar, y me costó mucho trabajo hacerles comprender que deseaba que permanecieran como estaban.

» La presencia de los prisioneros en la isla de Aix, atrae á ese punto una afluencia considerable de viajeros, de modo que los víveres escasean. Despues de mi expedicion, entré en la mejor fonda de Fouraz para reponerme, pero no encontré mas que arenques salados; en todos aquellos contornos se hace sentir la escasez y la carestia de la isla. »

Vamos á completar ahora esta carta con los siguientes pormenores extractados de varios periódicos:

El destacamento de prisioneros rusos en la isla de Aix se compone de 29 oficiales, 969 sargentos, cabos y soldados, y 16 mujeres con 2 ó 3 niños de tierna edad cada una. Los prisioneros rusos pertenecian en su mayor parte al 22º de línea y á un regimiento de artilleria. Hay tambien entre ellos muchos fineses, 2 ó 3 magníficos soldados de la guardia imperial y cosacos del Don y del Dniester. Los 3 soldados de la guardia imperial, forman un contraste con los soldados rusos, que son todos de mediana estatura, tienen el cutis negruzco ó atezado y son muy feos.

Parecen robustos y habituados á las fatigas; un gran número de ellos tienen los ojos malos, y son mucho mas limpios de lo que se creeria. Lle-

van los bigotes y los cabellos como los soldados franceses, y algunos tienen patillas cortadas segun ordenanza y rizadas con cierta coqueteria.

Muchos oficiales hablan muy bien el francés, y parecen tener mucha distincion y muy buenos modales. En virtud de la orden del general Baraguey-d'Hilliers, han conservado el derecho de traer sus armas, y andan muy limpios y aseados. Su uniforme se compone de un capote azul con vueltas y cuello encarnado, una gorra chata, azul, con cintillo encarnado; sus charreteras de plata varian de grosor y franjas segun el grado.

El uniforme de los soldados es bastante tosco: se compone de un largo capote pardo color castaño, una casa-verde oscura de faldones cortos, con cuello y pestañas encarnadas, de un pantalon azul, una gorra chata y negra con cintillo encarnado y visera levantada.

La mayor parte de los prisioneros se regocijan de estar en Francia, y el trato afable que han recibido á bordo y en tierra no les hace echar de ménos el régi-

men á que estaban sometidos en su país. Se les da el mismo pan y los mismos víveres de campaña que á los soldados franceses, de manera que es un espectáculo curioso el verlos comer. Comen verdaderamente bien, y su placer se manifiesta con demostraciones de gozo, con gritos de gratitud y de gracias dirigidos á los soldados á quienes llaman *bonos franceses*. Manifiestan mucha curiosidad por aprender los nombres franceses de todo lo que ven, y abruman á los soldados con preguntas, á que estos responden con su buen humor habitual.

Lo repetimos, los soldados rusos parecen contentos de su situacion, y hacen comprender muy bien que no tienen mucho deseo de volver á Rusia. Hasta ahora han estado ociosos y circulan por la isla, pero no se tardará en emplearlos en trabajos de fortificacion. Es de creer que se encontrará en ellos unos obreros buenos y laboriosos, porque son sumisos, dóciles, y sobre todo muy respetuosos hácia sus superiores y los oficiales franceses, por lo que se ve que han pasado por una disciplina severa.



Mujeres rusas prisioneras en la isla de Aix.

Monumentos anteriores al siglo XIII.

PERIODO BIZANTINO.

IGLESIAS DE SEGOVIA.

(Artículo primero.)

El poco aprecio que han merecido á nuestros artistas y escritores cuantas producciones no se han acomodado estrictamente á los principios proclamados como absolutos, falseando la historia de las artes y hundiendo en el desden comun multitud de obras de grande estima, ha sido causa de que se hayan estas visto con el mayor abandono, y de que los que se han dedicado á bosquejar aquella historia no se hayan dignado echar una sola mirada siquiera sobre las mas preciosas joyas

que han dejado los pasados siglos en testimonio de su saber y cultura. Habíase creído generalmente que nada servía el investigar los hechos en materia de artes, por que se daba muy poca importancia á estas, y ni aun se sospechaba que su estudio era el de la civilización de los pueblos, ni que á falta de otros documentos podían los edificios aclarar la historia, revelando las costumbres y las creencias, al mismo tiempo que daban una idea del estado de cada nación en su prosperidad ó decadencia. — Conforme á aquellas preocupaciones que mas que nunca se dejaron conocer á fines del último siglo por efecto de la reacción verificada contra el *Churrismo*, todos los viajeros que han escrito de Segovia, han desdeñado, cuando no despreciado enteramente multitud de obras dignas en verdad del mayor estudio, y que formando, por decirlo así, un bello conjunto, dan á la antigua capital de la *Extremadura castellana*, un carácter peculiar que la hace distinguirse entre la mayor parte de las ciudades españolas.

Para quilatar cumplidamente la estimación en que debe tenerse á Segovia, considerada bajo este aspecto, basta en nuestro concepto el recordar su historia desde la época de la invasión árabe, en que las artes principiaron á tener vida propia apareciendo con un carácter determinado, digno en verdad del mayor estudio. Aun no habían logrado las huestes de Muza reducir á su poder todo el imperio de los visogodos, cuando se alzó en Asturias, con un puñado de valientes, el hijo de D. Favila para fundar una nueva monarquía sobre los escombros de la antigua. Prodigiosas sus victorias como el éxito de sus conquistas, dejó á su muerte echados los cimientos á la grande obra de la restauración, que recibieron de sus manos campeones no menos ardientes de la religión y de la patria. Cuarenta años después de la toma de Segovia, es decir en 734, extendía D. Alonso el Católico sus dominios hasta los montes de Guadarrama. — « Sucedió muy bien su pretensión y la jornada, escribe el P. Mariana al mencionar las expediciones del rey citado: porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy y Astorga; en Lusitania la ciudad de Portu, asentada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Praga, Visco, Flavia, y mas adentro á Bletisa y Lentisa, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó otro sí por aquella comarca á Simancas, Dueñas, Miranda, y las ciudades de Segovia y Sepúlveda, puestas á las faldas del monte Oróspeda, y que antiguamente se llamó Legabriga. »

Vése pues, cuan poco fué el tiempo que la ciudad de que se trata permaneció bajo el yugo sarraceno, bien que para el asunto presente conviene no perder de vista que como la corte de los visogodos conservó la religión cristiana con sus templos y feligresías, tomando los que permanecieron habitándola el nombre de *mozárabes*, así como el de las demás comarcas en que se había reconquistado el imperio de la media luna. Las rápidas conquistas hechas por los reyes de Oviedo en tan corto espacio, eran en parte debidas á las discordias que devoraban á los árabes, siendo harto curioso el observar que los 40 años de triunfos referidos, equivalían á otros tantos de guerras civiles que amenazaron disolver el nuevo imperio de Occidente. Pero apagando aquella devoradora llama y acallando todas las ambiciones, llegó á empuñar las riendas del gobierno en paz y en guerra el célebre Abd-er-Raman I, cuyo grande ánimo é ilustración debían cambiar el aspecto de las cosas, constituyendo una monarquía independiente de los califas orientales, y abriendo las zanjás á una feliz era de cultura, en que los árabes españoles emulaban y aun eclipsaban á los sabios de Bagda, del Cairo y Damasco. — También experimentaron las relaciones con los cristianos un cambio bastante triste con la dominación Abd-er-Raman: la mayor parte de las ciudades de que se había apoderado D. Alonso el Católico, con tan próspera fortuna, cayeron otra vez bajo el alfanje agarenó; y Segovia, que se contaba entre aquellas, no pudo libertarse de la suerte comun. — En 725 era destruida por el mencionado califa, quedando solo una pequeña parte de la población por haberse retirado la restante, como observa Diego de Colmenares en el capítulo X de su *Historia* á la sierra inmediata, en cuya falda fundaron una pequeña aldea llamada *Palazuelos*, construyendo una iglesia de tres naves; fábrica tosca y antigua del tiempo, según la expresión del escritor citado.

Poca importancia dieron por entónces los dominadores de Córdoba á la ciudad destruida allende Navacerrada, conservándola mas bien como una plaza fuerte para enfrenar las correrías de los cristianos. — La constancia y entusiasmo religioso de estos no encontraban por otra parte valla que no salvaran, ni obstáculo que no intentasen vencer. El gobierno de los condes de Castilla, creando en medio de tantos contratiempos y peligros una nacionalidad que habria de aspirar mas tarde á la independencia, habia logrado arrancar al imperio sarraceno no pocas fortalezas y ciudades, haciendo aquel honroso título temible para la morisma. — El conde Fernan-Gonzalez llegó por fin á ocupar el puesto de sus mayores, animado del mismo entusiasmo y del odio mismo contra los sectarios de Mahoma. — Le estaba reservado el echar los cimientos á la monarquía castellana, y el aumentar el imperio cristiano, con extendidas comarcas, y en este empeño no pudo menos de acometer la conquista de Segovia, que con otros muchos pueblos vino á su poder en los primeros años de su gobierno. — Restituida aquella capital al culto cristiano, y firme el valeroso conde en la idea de conservarla á todo trance, dejó por su gobernador con buen golpe de soldados, á un hermano suyo llamado

D. Gonzalo Teliz, que en 923 mandó edificar varios templos, entre los cuales se cuentan las iglesias de *San Millan*, *Santa Coloma*, *Santa Lucia* y *San Juan*, existentes aun, como tendremos ocasion de observar mas adelante. — Desde entónces Segovia principió en la historia de Castilla, ya por el valor de sus hijos, ya por el interés que le daba su situación topográfica. — Dia Sanz y Fernan-García pocos años después se distinguían en la conquista de Madrid por su valor extremo y bizarro porte: la conquista de Cuenca aprecia á los soldados segovianos ocasion de manifestar su arrojo, y Segovia era en fin declarada como cabeza de la *Extremadura castellana*, aumentándose al par su consideración y sus riquezas (1).

Restableciase entre tanto su antiguo cabildo, ocupaban ilustres varones su silla episcopal, y ensanchábase de dia en dia los límites de la población, que sino adquiría la preponderancia de Leon ni de Burgos, era una de las principales entre las del naciente reino de Castilla. Ciento cuarenta y nueve años tuvo Segovia de prosperidad y bienandanza, sin que se viera amenazada de ningun peligro su libertad, mereciendo en aquel considerable período que los reyes la ennobleciesen con timbres y privilegios, y logrando que sus valientes soldados extendieran la gloria por donde quiera que aparecían los estandartes de la cruz, avasallando turbantes. Entre tanto, desmembrándose el imperio de los califas, se habia fundado en Toledo un reino árabe independiente y poderoso que amagaba destruir á los cristianos, levantándose sobre la morisma. — Almanum-billah ocupaba aquel trono, y rompiendo por Navacerrada, caía en 1072 sobre Segovia reduciéndola á su dominio, la cual favorecieron no poco las discordias civiles de los hijos de D. Fernando el Mayor, que disputaban furiosos sobre el despedazado manto de aquel rey.

No permaneció Segovia por mucho tiempo en el cautiverio sarraceno: en el siguiente año de 1076, dueño ya D. Alfonso VI de los reinos de Leon, Galicia y Castilla, creyó que una de las empresas mas nobles que podía acometer, y uno de los mas sagrados deberes que podía llenar como soberano, era la restauración de aquella ciudad tan apreciada de su padre, y tan digna de serlo por su posición y su fortaleza. D. Alonso reunió un numeroso ejército, cercó á Segovia y la restituyó para siempre al cristianismo, sin que la hayan afligido desde aquel tiempo mas calamidades que las que fueron azote de Castilla; ni mas peligros que aquellos que por la ambición de los magnates y la debilidad de los reyes ha lamentado la nación entera.

El breve resumen que hemos hecho de la historia de Segovia, si bien no bastaria para ilustrar otro punto, es no obstante suficiente para el fin que nos proponemos en los presentes artículos. Como no pueden menos de haber notado nuestros lectores, el dominio de los árabes en esta ciudad ni fué tan duradero como en otras muchas, ni pudo tampoco dejar las huellas brillantes de su cultura. Tres fueron las épocas en que volaron las medias lunas sobre sus murallas: la primera comprendió cuarenta años, en que los moros no dieron ni pudieron dar muestra alguna de civilización, por ser la mayor parte que pasaron á España africanos que carecían de aquel precioso don del cielo: la segunda, que abrazó un espacio mas dilatado, tampoco pudo imprimir un carácter dado á la población, porque esta no existía realmente, y porque siendo considerada Segovia como un simple presidio, no era lugar á propósito para que la arquitectura árabe, que comenzaba á introducirse en España, ostentase sus galas. Lo natural era que los califas tratasen de engrandecer su corte, y así sucedió en efecto, poblándose Córdoba de maravillas sin cuento. La tercera época como mas pasajera, influyó menos todavía. Almanum-billah comprendió que no podia sostenerse por mucho tiempo aquella conquista en el centro de los dominios cristianos, y empeñado por otra parte en hermostrar á Toledo, no pensó en dejar en Segovia monumento alguno de su poder y cultura.

Segovia por esta causa no ofrece á la contemplación del viajero ilustrado ese doble carácter que distingue á Toledo y á Sevilla, presentando en comparación del arte árabe el arte cristiano, y revelando la índole y las creencias que á entrambas sociedades animaron. Segovia es enteramente católica. El pueblo que levantó sus templos era esencialmente cristiano: sus edificios se hallan conformes con los sentimientos que dieron vida por muchos siglos á nuestros mayores, si bien no debé de perderse de vista que se refieren á una época mas remota que aquella en que se alzaron esas sublimes catedrales, hijas de otros mas exaltados sentimientos y de otras civilizaciones mas adelantadas. Los templos de Segovia en general guardan grandes puntos de contacto con los del arte asturiano, tal como lo comprendé y bosqueja nuestro digno amigo D. José Caveda, en la apreciable memoria (sobre aquella arquitectura) presentada á la comisión central de monumentos. No se distinguen, en efecto, por la grandiosidad de sus formas ni por la sublimidad de la concepción: son únicamente la expresión de la necesidad de conservar el culto: sencillos como las costumbres del pueblo que los erigió, robustos como su fe, graves y severos como su carácter. Pero á pesar de esto, no puede decirse que con el producto de un arte bárbaro, calificación que con tan poca justicia y con tanta ligereza se ha empleado por los ciegos partidarios de la arquitectura greco-romana. La distribución total de algunos de estos templos segovianos,

la delicadeza, abundancia y variedad de sus ornamentos, y la gracia del conjunto de todos ellos están revelando que no se hallaba el arte tan en mantillas como se supone, ni merece su estudio un desprecio tan absoluto.

Ya hemos tenido ocasion de manifestar la época en que fueron levantadas las iglesias de *San Millan*, tal vez la mas suntuosa y bella producción de las artes españolas en el siglo X, la de *Santa Coloma* que ya no existe, la de *San Marcos*, hoy de *Santa Lucia*, y la de *San Juan*, que es un verdadero museo de escultura. Pocos son los documentos que se conservan sobre la fundación de las restantes iglesias parroquiales, cuyo número no puede menos de dar una idea aventajada de la importancia y riqueza de Segovia en los tiempos medios. Sin embargo, en el testamento otorgado por un tal Domingo Perez en el año 1117, se encuentran entre otros legados una cláusula, que copia Colmenares del siguiente modo: « *Et prior sancte Marie qui accipit omnia mea primitus faciat Bibliothecam bonam et donet eam Sancto Michaeli: et aliud quod remancerit sit Sancte Marie. Facta carta coram his testibus Dominicus, suo tio, abbas, Sancti Michaeli, etc.* » *Kalendis Novembris era MCLV*. Dos observaciones suministra esta cláusula, interesantes ambas para la historia de la civilización castellana: primera que era costumbre en aquellos tiempos de rudeza á principios del siglo XI, el que hubiese bibliotecas en las iglesias parroquiales, como se colige también de otros instrumentos coetáneos. Segunda, y esta es la mas importante para nuestro propósito, que ya existían los templos de San Miguel y San Martin, siendo probable el que contaran con algunos años de vida en el que se otorgaba el mencionado testamento. El autor de la historia de Segovia, que tuvo lugar de registrar por sí multitud de documentos antiguos, va mas adelante en sus deducciones, diciendo: « También se colige de estos instrumentos y otros de estos templos, que ya estaban fundadas las iglesias parroquiales de *San Martin*, *San Miguel*, *San Andrés*, *San Esteban* y *San Quirce*, que hoy nombran *San Quilez*, y que los curas se nombraban abates. » No admite, pues, duda alguna, el que todos los templos parroquiales de Segovia que participan de aquel carácter en sus formas y manera de construcción, son anteriores al siglo XII, pudiendo acaso pertenecer á esta época próximamente los que se atribuyen á una antigüedad mas remota, como mas adelante demostraremos. Levantados en el mismo período en que se erigian las iglesias asturianas, los monumentos segovianos presentan el arte de la edad-media en una de sus fases mas bellas é interesantes lo cual no puede menos de excitar nuestra curiosidad vivamente. Apesar del corto tiempo que pudimos emplear en examinarlos cuando en Segovia estuvimos, no juzgamos inoportuno el exponer aquí las observaciones que nos suministraron, por carecerse de otras noticias, seguros por otra parte de que no dejarán de oír las nuestros lectores con la indulgencia que acostumbran.

Entre las muchas parroquias de aquel género que se alzan todavía en medio de Segovia, llaman la atención las iglesias conocidas con los nombres de *San Millan*, *San Esteban*, *San Martin*, *San Juan* y *la Trinidad* que por haberse salvado algun tanto del furor greco-romano del último siglo, pueden servir de estudio para completar los que actualmente se hacen sobre la marcha progresiva de las artes. El primer monumento citado existe mas intacto que los restantes, y por su grandiosidad y belleza es digno de toda estima. Se halla situado en la parte oriental de la población, viéndose enteramente aislado y colocado de Oriente á Occidente, dando á conocer desde luego que no es fruto de un arte tan bárbaro, como se dice generalmente, el citar esta clase de edificios. La iglesia de *San Millan* presentaba en los lados del Norte y Mediodía dos pórticos compuestos cada cual de arcos redondos que descansando sobre columnas pareadas de ingeniosos y bellos capiteles, reciben la cornisa, adornada de caprichosos canecillos, en donde alternan las labores de gusto bizantino con figuras de distintos animalejos tallados con la mayor gracia y aun inteligencia. El pórtico del Mediodía se halla cerrado por tabiques modernos, habiendo sido destinado, así como el del lado del Norte, á diferentes usos.

En la parte oriental presenta este templo tres ábsides redondos con estrechas y entrelargas ventanas á modo de troneras, viéndose decoradas de un pequeño y airoso arco redondo sostenido con dos ó mas columnas de cortas dimensiones con sus grandes capiteles de talla semejantes á los de los pórticos. El ábside del centro es mucho mas ancho y elevado que los de los extremos, presentando en su cornisamento relieves de igual ejecución y forma que los ya citados.

La parte occidental en donde se contempla la puerta principal del templo, compuesta de un arco de molduras redondas, sostenido en columnas de capiteles ideales, ha sido algun tanto desfigurada en su parte superior en que se miran varias ventanas de distintas formas.

La iglesia que, como queda indicado, es uno de los monumentos mas bellos que pueden hallarse de la remota época á que pertenece, consta de tres espaciosas naves, no pareciendo que el tiempo ha hecho miel en sus elegantes pilares, vistosos capiteles, elevados muros, y gallarda cúpula, en donde se preludia ya el uso de la arista. Es la nave del centro mucho mas alta y ancha que las dos restantes, viéndose cubierta por una bóveda que en 1660 suplantó á la primitiva armadura, sin que hubiese tal vez para hacer esta obra, que des-

(1) Historia de Segovia de Colmenares, capítulo XII.

dice en gran manera del género de arquitectura á que pertenece la iglesia, una necesidad de aquellas que pueden justificar semejantes innovaciones. Si al menos se hubiera consultado la unidad no sería sensible esta restauración repugnante. Mas afortunados los ábsides se han conservado intactos, especialmente los laterales, cuyas entradas se ven adornadas de columnas con capiteles admirablemente tallados. Las naves referidas descansan sobre tres pilares, en que aparecen agrupadas varias columnillas á ciertas distancias, y dos gruesas y elevadas columnas que asientan en robustos pedestales, recibiendo unas y otras los arcos que se derraman en diversas direcciones para formar las bóvedas de las segundas naves y recogerlas del centro, que á juzgar por los dichos arcos debieron ser seis. Los capiteles de estos pilares y columnas son verdaderamente interesantes, no pudiéndose dar de ellos una idea acertada, sin trasladar su diseño. Sin embargo será bien observar, que se hallan exornados de pequeñas columnas pareadas, viéndose entre unos y otros varias figuras de relieve, cuya reunion constituye un pasaje de la historia sagrada. En los capiteles de las columnas, por ejemplo, se encuentran representadas La Adoración de los pastores y de los reyes magos.

Mucho habríamos menester detenernos para notar aquí las numerosas particularidades y circunstancias que contiene el templo de *San Millán*, cuyo estudio es del mas alto interés para la historia de la arquitectura española. A la belleza de la ejecución de los ornamentos, en que no se halla representada la naturaleza humana, á la proporcionada distribución de las partes que lo constituyen, reúne este monumento la grandeza de las formas y la sublimidad de la concepción, no pareciendo sino que el arte naciente de los tiempos medios hizo en él un esfuerzo prodigioso, para dar un solemne mentís á sus preocupados detractores.

En todo el templo se nota finalmente la influencia del arte bizantino, que se habia derramado por todo el mundo, y en alas del entusiasmo religioso de los cristianos, ya sobre los estandartes de Mahoma. La cúpula sobre todo no puede menos de reflejar esta influencia: es octógona, se halla sostenida en cuatro grandes arcos torales, y se levanta con suma gallardía, manifestando su comun origen con las del arte arábigo y viéndose atravesada por una gruesa arista en figura de cruz griega.

No es ménos digna del estudio y aprecio de los artistas la iglesia parroquial *San Esteban*, situada frente al palacio episcopal, edificio de la arquitectura grecoromana con buenas proporciones y agradable aspecto. El templo de *San Esteban* conserva aun intactos en los lados de Mediodía y Occidente sus elegantes pórticos, compuestos de arcos exornados de relieves de labores esmerados, que presentan el mismo carácter que los ya descritos de la iglesia de *San Millán*. Pero lo que mas llama la atención en este precioso monumento, es la elevada y gallardísima torre que se halla en el ángulo de Oriente y Mediodía, modelo irrecusable del buen gusto con que se cultivaba la arquitectura en aquellos tiempos, por mas que se haya prodigado el epíteto de bárbaros á los que entonces la ejercían.

La torre de que tratamos se compone de cinco esbeltos cuerpos, decorados de arcos y grupos de columnas que forman un conjunto en extremo agradable, estrechándose á medida que se acercan al centro, tanto en sus archivoltas, como en las referidas columnas. Es toda de piedra, y examinados los capiteles y demás adornos desde cerca, se advierte un grande esmero en la ejecución aun de las partes que no se gozan en el exterior, lo cual prueba por otra parte que nada se descuidaba por aquellos artistas, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, merced á la incuria de los escritores y á la punible intolerancia de ciertas épocas.

La iglesia ha sido enteramente desfigurada en el último siglo por este espíritu destructor, y si bien se advierte aun en los ábsides y alguna capilla vestigios del templo primitivo, solo en el exterior puede decirse que conserva sus caracteres genuinos. En una de las capillas se contempla el sepulcro de D. Juan Zuaco, muerto en 1430, el cual se debió el famoso puente del mismo nombre que se halla en la isla gaditana.

En el ángulo de Mediodía y Occidente del pórtico hay una lápida en caracteres monacales que parece haber sido del sepulcro de un Munio ó Muñoz Sánchez, fallecido en 1277 (era 1315).

La parroquia de la Trinidad que sin duda pertenece á los últimos años del siglo X ó primeros del XI, es otro de los monumentos apreciables de Segovia. El historiador de esta ciudad, Diego de Colmenares, llevado de un entusiasmo extravagante hasta cierto punto y careciendo de seguros datos para juzgar esta cuestión con conocimiento de causa, intenta demostrar que la iglesia de la Trinidad existía ya en 325 con estas palabras: « Los católicos (para diferenciarse de los arrianos) señalaban las puertas de sus templos con la cruz de Constantino que comunmente llaman lábaro como se ven hoy en algunos templos de España y en nuestra ciudad en ambas puertas de las parroquiales de la Santísima Trinidad y de San Anton; y acaso en otras que en mas de mil años se habrán quitado ó borrado, y por si estas faltasen, escribimos estas memorias en honor de nuestra patria que en tiempo tan infeliz conservó en dos templos (y acaso en mas) la religión católica. » Que existe la cruz de Constantino en la clave de la puerta principal del templo de la Trinidad, es cosa que no puede negarse; pero asegurar por esto que aquel estaba ya edificado en 326, parece oponerse á la buena crítica, y sobre todo se halla en oposicion con el carácter

de la arquitectura á que pertenece. Mas probable y verosímil sería el suponer que al levantarse la actual iglesia se tuviese presente que habia existido allí un templo católico, conservando el lábaro para perpetuar esta tradicion en la memoria de los tiempos.

La iglesia, que se conserva felizmente abierta al culto, fué restaurada en 1786, habiendo quedado enteramente desfigurada. Sin embargo existe aun en ella una capilla gótica fundada en 1240, época en que por estar el arte mas desarrollado, recibió otro carácter distinto, hallándose en ella las bóvedas de arista desmenuadas enteramente. Pertenece dicha capilla al mayorazgo de Campos, y encierra un bello retablo de fines del siglo XV con cuatro pinturas en tabla dignas del mayor aprecio, viéndose en los muros laterales varias lápidas funerarias y escudos de armas de familia. Guarda tambien junto al púlpito dos antiquísimos bajo-relieves de madera, que dan á conocer el estado de la escultura de los siglos XI y XII, y que con buen acuerdo se han fijado en el muro en donde afortunadamente se conservan. Dos tablas que representan á santa Ana y la Virgen, y que existen en dos pequeños retablos á los lados del presbiterio, forman últimamente la riqueza artística de esta iglesia, considerada en su interior. En el exterior, aunque cerrados sus pórticos por tabiques que cortan los capiteles y las columnas de sus redondos arcos, aunque desfigurada su portada y cubierto todo el templo por una capa de ocre, que no produce en verdad el mejor efecto, todavia se experimenta una impresion agradable al contemplar tan antigua y venerable reliquia de la arquitectura en la época que dejamos fijada.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

La leyenda de Whittington.

(Conclusion.)

— ¡Oh, amigo mio! ahora sois mucho mas rico que yo.

— No, señor, contestó Ricardo, yo sé muy bien lo que debo á Vd. y vengo á pagárselo; todas mis riquezas pertenecen á Vd.

— Mi amigo, exclamó M. Fitzwaren, demasiado honrado para abusar de este nuevo reconocimiento, veo que sois ingrato y que os olvidais de alguno.

Ricardo se sonrojó.

— Sí, añadió sonriendo M. Fitzwaren, no teneis presente á vuestro gato.

— ¡Ah! exclamó Ricardo, nunca olvidaré que le compré con el dinero que me dió miss Alice.

— Señor Ricardo, dijo miss Alice poniéndose tambien encarnada, Vd. lo ganó bien, porque se expuso á romperse un brazo, ó tal vez á matarse, subiendo á tan elevado árbol solo por mí y por cogerme el papagayo.

— Si no partirémos, dijo Ricardo que no queria que sus ofertas fueran totalmente rechazadas. Y hablando así miraba á miss Alice con el aire de un pobre jóven recogido por la caridad, pero con la expresion mas bien de urbanidad que vergonzosa de un jóven que se creia digno por su nacimiento, y por los sentimientos del corazon de las tardías reparaciones que le hacia la fortuna.

— Yo no veo mas que un medio de arreglar esto, interrumpió M. de Fitzwaren, dirigiéndose á Ricardo, tomaré vuestro dinero y lo colocaré en mi caja, pero desde este dia seréis mi socio, y tendréis parte en todos mis negocios.

Convenido de este modo, Ricardo hizo regalos á todos los de la casa, inclusa la regañona cocinera, pero distinguiendo sobre todos al oficial mayor que le habia enseñado á leer y á escribir. Nadie quedó descontento ni tuvieron envidia uno de otro. Dick, llamado en adelante Ricardo Whittington, fué tratado como si hubiera sido siempre rico, y su gato fué cuidado y considerado como la perla de los gatos. El del marqués de Carabás no estaba tan cuidado y tan atendido, de tal modo que se dice que *Puss* llegó á comprender su importancia, y á enseñar sus dientes y poner crispado el pelo siempre que se le llamaba con familiaridad. Es verdad que al principio no fué mas que un gato de graneros y desvanes, pero luego se convirtió en gato de salon, llegando miss Alice á acariciarle y á mimarle tanto, que su lorito se hubiera muerto de pena y de envidia á no haberle tomado Ricardo por su cuenta, y prodigándole todas las caricias y todos los mimos que dispensa miss Alice á su gato.

Pasáronse algunos años, y Ricardo con su aplicacion y su asiduidad en el despacho de los negocios, logró ver triplicado su capital. Un dia M. Fitzwaren le hizo venir con Alice y les dijo:

— Hijos míos, he visto con mucho gusto el cariño tan vivo que os profesais; tengo ya bastante edad, y deseo que os caseis antes que el Señor me llame á sí.

Y se casaron. Este dia fué el mas feliz de la vida de Ricardo, porque el pequeño ambicioso habia pasado desde el primer dia que vió á miss Alice que la pediría por esposa, tan pronto como llegara á ser rico. Todas sus esperanzas estaban realizadas. Miss Alice se echó en los brazos de su padre, como una hija que gozosa por obedecer á su padre obedece tambien á las tiernas emociones de su alma.

La boda fué brillante.

El gato llegó á ser viejo, pero siguió ocupando su puesto de honor. Ricardo Whittington fué nombrado scherif de Lóndres, y al año siguiente (1361) lord-corregidor como las campanas se lo habian prometido. Todas las campanas de Lóndres se echaron á vuelo el dia de su instalacion en Guildhall, y el gato tomó tambien su parte del triunfo en la elegante carroza de la municipalidad.

A los dos años de esta ovacion murió *Puss* y fué empajado para conservar su retrato. Ricardo Whittington en su cualidad de primer magistrado de la capital dió un espléndido banquete al rey Enrique V cuando hizo su entrada victoriosa en el reino. Ricardo Whittington, hombre que sabia hacer muy buen uso del dinero, habia prestado al rey una suma considerable de dinero para atender á los negocios de la guerra, y cuando el monarca quiso devolverle aquella suma, arrojó al fuego los billetes delante de él.

Ricardo Whittington y su mujer fueron sumamente felices, dejando una descendencia rica como ellos, y que perpetúa su reconocimiento por el gato poniendo su retrato en su escudo de armas.

El bambú de China.

M. Verdier Latour acaba de publicar una noticia muy interesante sobre los usos innumerables del bambú de la China, maravilla del reino vegetal, y sobre la posibilidad de cultivarlo en Argel. En el *Zeramma* de Philippeville leemos un resumen muy exacto de este trabajo.

De todos los usos del bambú enumerados por el autor, el principal, el que debe llamar particularmente la atención, porque es para la China una industria de mucha fama y de grande importancia, es el de la fabricacion de ese papel, que entre otras calidades que le distinguen, tiene la de haber sido reconocido como eminentemente propio para la impresion del grabado sobre acero.

Cuando se quiere coger el bambú para fabricar papel, los tallos cortados cerca de la raiz se combinan por su grosor y por su edad con una longitud de 50 centímetros, reunidos en atados mas ó ménos voluminosos segun la profundidad del estanque; en seguida son sumergidos en el agua ó el barro, y se dejan allí cierto tiempo que varia segun la temperatura. Las demás preparaciones son semejantes á las que seguimos para la fabricacion de nuestro papel, es decir que el bambú machacado en pilas de madera se reduce á pasta y casi se seca se pasa por rodillos que lo suavizan. Cuando el papel preparado de esta manera proviene de tallos escogidos, es fino y sedoso; pero no resistiria á la acidez de las tintas europeas si no se tomara la precaucion de encolarlo metiéndolo en una solucion de alumbre y de cola de pescado.

El papel de China propiamente dicho, es decir el que conocemos bajo esta designacion, es una mezcla de pasta de bambú y de algodón de Nankin; de ahí provienen su color amarillo, su tersura y su porosidad, cualidades que lo hacen propio para el grabado en acero.

El bambú sirve tambien para la fabricacion de cuerdas. Se cortan en tiras delgadas los tallos remojados en agua, y estas tiras trenzadas se convierten en cuerdas muy fuertes, muy durables y muy económicas. En los juncos se emplean muy particularmente.

La mayor parte de los utensilios agricolas, arcaduces, mangos de instrumentos aratorios, tubos de toda especie, y los mismos arados, son tallos de bambú fácilmente adaptados á estos diversos objetos.

Después del empleo industrial, viene el terapéutico. El papel de bambú es excelente para curar llagas y heridas hechas con arma blanca. Aplicase en hojas superpuestas, simplemente mojadas, y la herida se cura como por encanto.

Imposible nos es seguir á M. Verdier-Latour en la enumeracion de todos los servicios que presta el bambú en la China y los demás países que lo cultivan. Baste decir que el bambú es el vegetal por excelencia, y probablemente la China sin el bambú no hubiera podido ménos de acudir á las naciones industriales que trabajan la madera y el hierro.

Diferentes ensayos para naturalizar el bambú han sido hechos en el vivero de Argel, y si no estamos mal informados, de los colonos argelinos depende el poscer este precioso producto del Celeste Imperio, tan útil para la satisfaccion de diversas necesidades.

Las flotas en Varna el 5 de setiembre.

Para publicar las instrucciones dadas á las tropas á su salida de Varna, hemos querido esperar el adjunto dibujo, que ya se nos habia prometido, así como el del desembarque, que no tardará mucho en llegarnos, puesto que es un hecho consumado. Estas instrucciones tienen un valor histórico que muestra la prevision de los jefes en todo aquello que debia asegurar el buen éxito de una empresa tan importante.

1º Resuelta la invasion de la Crimea, las tropas se embarcarán en los buques de transporte que se reuni-

rán en Baldjick, y marcharán con las flotas combinadas á su destino.

2º En una operacion como esta, es muy esencial que las instrucciones que se dan sean bien meditadas y comprendidas por los oficiales que son responsables de su ejecucion, y que se ejecuten al pié de la letra, sin ningun cambio, ó sin que ningun oficial inferior las modifique en nada, pues entónces resultaria una confusion que podria producir las mas funestas consecuencias.

3º Cuando se ordene á las tropas el desembarco, deberán entrar en las embarcaciones siguiendo el órden en que se encuentran en las filas.

4º Deberán sentarse ó estar de pié, segun lo que se juzgue mas conveniente, y una vez que ocupen sus puestos respectivos, deberán permanecer quietas y guardar el silencio.

5º Deberán llevar consigo, aunque no encima, sus mochilas, y al salir de las embarcaciones, las cargarán á la espalda, ó las colocarán sobre la playa, en el órden en que se encuentren y con arreglo á lo mandado.

6º Los regimientos se formarán en columnas contiguas á un cuarto de distancia.

7º No cargarán ántes de haber desembarcado, y aun entónces no lo harán sin que se lo manden.

8º Los caballos suministrados para el servicio serán desembarcados despues del desembarque de las tropas.

9º Los oficiales y los soldados deberán llevar pan y carne salada para tres dias; los soldados llevarán sus vasijas llenas de agua.

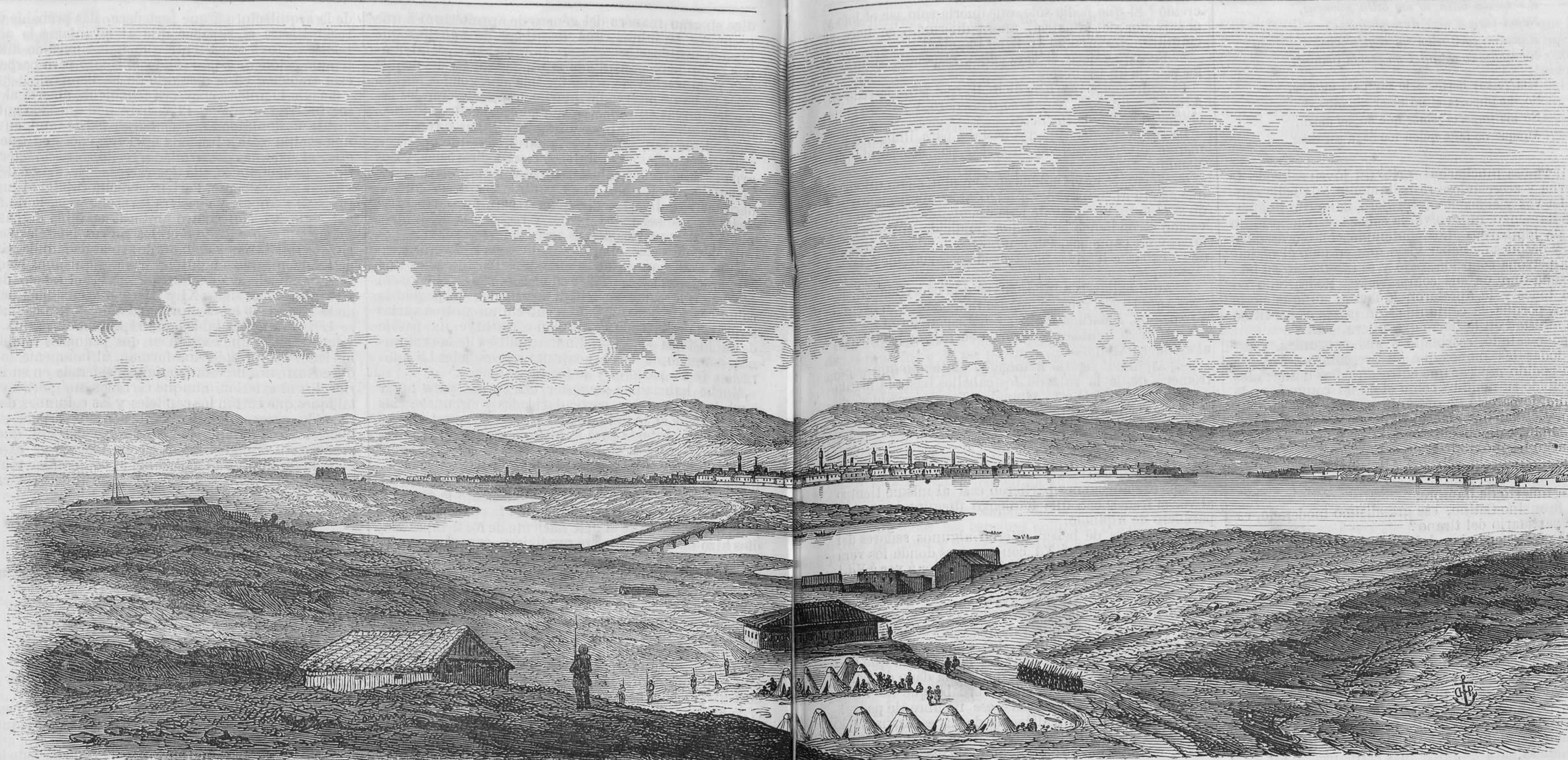
10º Los pellejos de agua se desembarcarán y se colocarán con las municiones de reserva, y los caballos destinados á este servicio, si es que puedan obtenerse, se llevarán á la orilla lo mas pronto posible.

11º Es necesario que los oficiales no saquen, en el primer caso, sobre la playa, mas que los objetos que puedan llevar encima.

12º El estado-mayor de servicio medical agregado á las divisiones y á las brigadas, desembarcará al mismo tiempo que ellas.

13º Las baterias desembarcarán con las divisiones á que están agregadas, asi como los zapadores que se encuentren en una situacion análoga. Estos últimos llevarán consigo los instrumentos propios para hacer trincheras.

14º La division de caballería ligera, desembarcará la primera. Cuatro compañías del segundo batallon de la brigada de los carabineros se agregarán á cada una de las brigadas de division, y formarán la vanguardia.



Visa, Kalafat.

15º Seguirá la primera division, luego la segunda y luego la tercera y la cuarta.

16º La caballería se dispondrá á desembarcar, pero no deberá hacerlo sin que para ello reciba órden especial. Tomará consigo granos y forraje para tres dias.

17º Las autoridades navales suministrarán lo necesario para el desembarco de caballos de los oficiales del estado-mayor, y se recomienda á estos oficiales que llenen sobre sus caballos granos y forraje para tres dias.

Orden de desembarque.—En cuanto las tropas se hallen en las lanchas, se formarán por el lado de los navios que den frente á la orilla, de donde desembarcarán dispuestas á formarse en línea de frente á la señal que dará el *Agamenon*. Las barcas deberán situarse á veinte piés de distancia de los remos de una barca á otra, y deberán observar atentamente las señales á fin de que no se tome el órden de formarse en línea por la de avanzar. Deberán avanzar en línea y de frente, teniendo el mayor cuidado en conservar la línea á fin de que ninguna embarcacion la pase, ó se quede atrás; todos marcharán á nivel hácia la playa, guardando el silencio mas rigoroso.

Con cada division irá un vapor de guerra para prestarla ayuda en caso necesario, mientras se esté en la mar. *El Triton* y *el Spitfire* recibirán la órden de fondear como puntos de límite para la division ligera y para que sirvan de guia general.

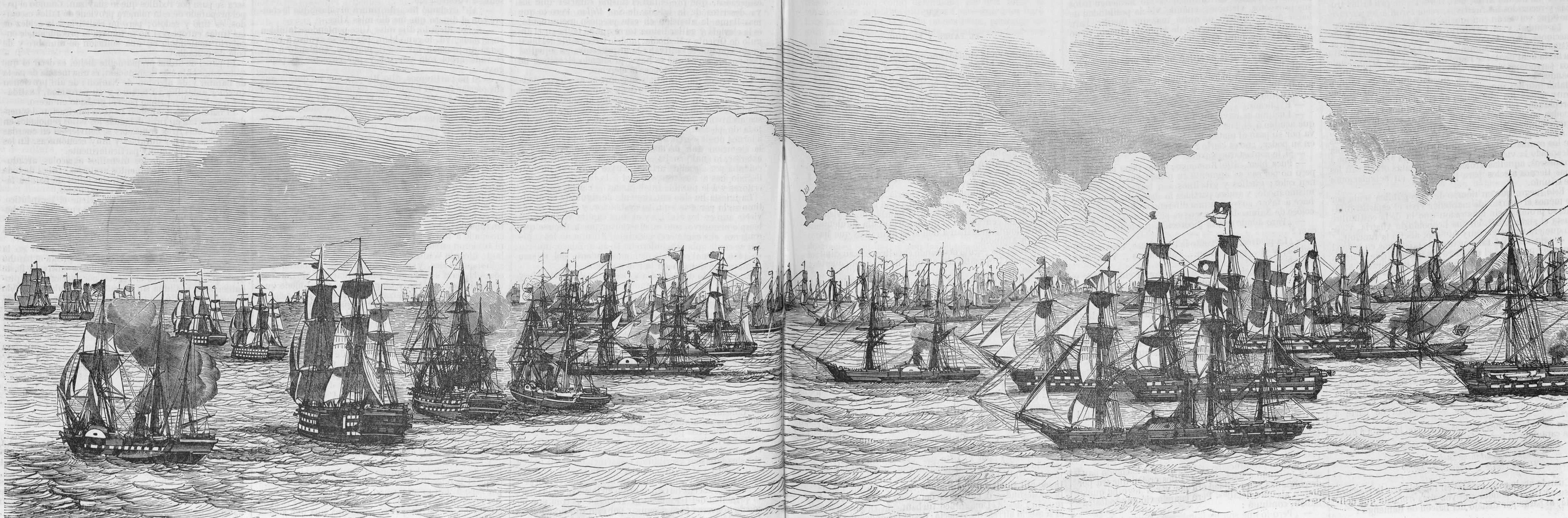
Las lanchas de la flota que desembarquen la infantería, se colocarán en divisiones: en una las chalupas y las barcas de tropas; en otra, las barcas de tambor de ruedas de los vapores, y en otra las barcas de servicio de transporte.

Todos los oficiales recibirán copia de estas instrucciones.

Las tripulaciones de las barcas llevarán en sus morales las provisiones del dia, y su racion de aguardiente en una calabacita.

Instrucciones del servicio medical.—En el caso en que el ejército tuviera que efectuar un desembarco sobre una costa enemiga, y se encontrara en frente con tropas que le opusieran resistencia, los soldados, ántes de salir de los buques, deberán hacer una buena comida, y disponer los mejores alimentos para despues. Para este caso el cerdo es preferible á la carne de buey, porque con las legumbres que los soldados pueden hallar sobre la playa, da mucho mas vigor.

Los funcionarios del servicio medical desembarcarán con las últimas lanchas de sus regimientos, y llevarán consigo sus mochilas, sus botiquines y sus angarillas



Salida de la escuadra rusa para la Crimea.

por si el enemigo se opone al desembarco, que puedan llevar inmediatamente á los heridos á las embarcaciones que los transportarán á los buques reservados para recibirlos. Se cuidará que en cada embarcación destinada á este servicio haya agua y una taza de cuerno.

MARGARITA PUSTERLA.

(Continuación.)

PISA.

— ¡Potenrinterra! su señoría debe llegar del otro mundo, si no ha oído hablar jamás de la fiesta del Puente.

Esto decía á Ramengo el posadero Aquevino, que habiendo venido joven de Pontudera, sin el pico de un quattrino, como él decía, había puesto por de pronto en el camino de Pisa una barraca donde daba de beber á los arrieros, haciendo el gasto con algunas pequeñeces. Luego juntando con unos quattrinos otros quattrinos, y dando nombres ilustres á los vinillos que vendía, y que la sed hacia parecer excelentes, construyó una pequeña posada. Si alguno la encontraba exigua, respondía, sin haberleido jamás á Sócrates, que él quería tenerla siempre llena de viajeros. Delante de la casa había un terraplen para jugar al mallo, que debían costear los que se dirigían á la ciudad. De allí se dominaba también la vasta llanura que por un lado baja al mar, y por el otro está cerrado por colinas cubiertas por la blanquecina verdura de los olivos, y cruzada por el Arno, que va á dividir á Pisa en forma de un semicírculo. Allí Aquevino, entrado en edad madura, panzudo, pero fresco, siempre jovial, gran charlatan, grande admirador de las bellezas de su país, del hermoso cielo, de las buenas gentes, daba alojamiento á los forasteros, haciéndoles expiar al tiempo de pagar su gasto el delito de no ser toscanos.

Viendo llegar á Ramengo solo y con una maleta poco provista, Aquevino lo miró con cierto desden por encima del hombro, como suele decirse; pero cuando oyó que pedía el mejor cuarto, los manjares mas delicados, los vinos mas exquisitos, y que hacia brillar los florines de oro de su repleta bolsa, cambió de tono, y á pesar de sus ocupaciones acudió á regalar con su conversación al huésped de la hermosa bolsa.

Le explicó lo que era la fiesta del Puente, que habia sido instituida en memoria de la acción de Cinrica de Sismondi, quien, una noche que la ciudad habia sido invadida por los sarracenos de improviso, y que asesinaban sin piedad á los atemorizados ciudadanos, tuvo la idea de ir á avisar á la señoría. Los infieles ocupaban ya el puente del Arno, pero reunidas de priesa las tropas y recogidos los fugitivos, rechazaron á los sarracenos que volvieron con mucha pérdida de sus buques.

La ciudad y el territorio de Pisa se dividían en dos facciones, llamadas de San Antonio y de Santa María. Estas dos facciones suministraban los combatientes para la fiesta del Puente: se reunían sobre el del Arno, donde los sarracenos habian sido rechazados, y allí ambos bandos se esforzaban por quedar dueños del campo. Había muchas muertes en aquel fuego militar, siendo muy felices los que caían al río, porque habia barcas preparadas para recogerlos. Los ánimos estaban animados en esta fiesta, y tan de veras se representaba, que cuando se anunciaba á las madres, á las hermanas, ó á otras personas interesadas la muerte ó las heridas de los combatientes, preguntaban qué partido habia alcanzado la victoria; y si la respuesta era conforme á sus deseos, aquellas grotescas Esparciatas olvidaban los mas tiernos afectos para prorumpir en aclamaciones de triunfo.

Este juego, que en tiempo de la república tenia por lo ménos el mérito de mantener vivo el espíritu militar, se prolongó sin mas razon que la de la costumbre hasta el siglo XVIII, en que Leopoldo de Austria, viéndose que era un juego muy funesto, abolió la funcion.

— ¿Ha visto Vd. tal concurso de cristianos en todo el mundo? preguntó el posadero á Ramengo, que se habia situado la mañana del combate en un mirador sombreado por un laurel.

Ramengo no contestó, y Aquevino prosiguió diciendo:

— ¿Le parece á Vd. eso poca cosa? ¡Qué pompa! ¡qué belleza! ¡qué ardor! A un toscano se le conocería en medio del valle de Josafat.

Seguia el huésped describiendo todo con minuciosos detalles, y cuando habló de los concurrentes de todas las ciudades de Italia que se distinguían por la diversidad de trajes y la variedad de maneras, exclamó: ¡Viva el hermoso sol! ¡vivan las bellas de Toscana!

Entretanto surcaban el Arno un crecido número de barcas por en medio de muchos navíos anclados. Una ardiente alegría reinaba entre la multitud, y los epigramas y las chanzonetas se cruzaban de parte á parte.

Un coro de jóvenes acompañaban con la flauta á otros que cantaban la conocida balada:

*Vaghe le montanine pastor. Ille
Donde venite si leggiadre e belle?*

Cuando acabaron, una joven notable por la frescura de su rostro, respondió con voz mas robusta que delicada, al pasar por debajo del balcon de Ramengo:

*E s' io son bella, io son bella permene,
Ne mi curo d' aver de vagheggi; ni;
E non mi curo niun mi voglia bene
Ne manco vo ch' altri mi faccia inchini.*

Y si yo soy hermosa lo soy para mi sola,
No me importa el no tener amantes,
No me importa jamás que no me amen,
Aunque no falte quien me haga cortesías.

— ¡ Hermosa muchacha! gritó un joven saliendo de la taberna y acercándose resueltamente á la bella cantante. La voz y el acento extranjero llamaron la atención de Ramengo, que volvió la cabeza y reconoció un grupo de lombardos. Los contempló con ojo escudriñador, y despues de haber visto que en todo él no habia una persona conocida, bajó y se mostró por su lenguaje como uno de sus compatriotas. Rodearonlo en seguida todos y le apretaron la mano, aunque no lo conocían, porque la comunidad de patria es un título para la amistad en la tierra extranjera.

Ramengo saludó, respondió á sus preguntas, y estrechó todas las manos que se presentaron. Aunque hubiera podido esperar que entre aquellos desterrados seria recibido su nombre como el de un compañero de infortunio, le pareció no obstante conveniente el disimularlo, y el darse por cierto Hanterio de Bescape, nacido en Milan, calle de las Cinco Vias, y fugitivo como ellos. Luego les dió noticias de sus amigos.

— ¿Qué han hecho con los Aliprandi? le preguntó uno.

— Han muerto de hambre.

— ¿Y Bronzino-Catino, ese grandísimo moderado, es siempre partidario del tirano?

— Está preso por haber defendido la verdad, si acaso no le ha sucedido alguna otra cosa mucho mas pesada.

— ¿Y Mateo Visconti?

— Confinado á Morano di Monferrato.

— ¿Y Barnabe?

— En la corte de Escaligero.

— ¿Y Galeas, el bello, galante adorador de madama Isabel?

— El señor Luchino no duerme cuando no quiere: el hermoso Galeas anda errante y pobre por Italia, burlando la vigilancia de su tio.

— ¿No está en Flandes?

— Algunos lo creen así.

Ramengo respondía de este modo, satisfecho con poder dar noticias para adquirir mas confianza, y referir lo que sabia á fin de que le dijeran lo que necesitaba indagar. Como el marino cuando ve las olas dormidas, como el ladron á la vista de una coyuntura favorable, como el borracho á la puerta de la taberna, olvidan todos sus propósitos, así tambien olvidó Ramengo todos sus proyectos virtuosos, cuando vió la posibilidad de hacer daño. Primero no quiso mas que mentir, para averiguar, si podia, el retiro de Alpinolo; luego, como una falta engendra otra, el mal lo arrastró á hacer mal.

— ¿Qué vida es la de Milan hoy? le preguntaron los exaltados.

— Lo que es en todos los pueblos esclavizados, respondió Ramengo.

— ¿Cómo?

— Explicaos.

— Luchino se envalentona de dia en dia, porque ve que acuden á él las ciudades aterradas, como el buey va por su paso al matadero. Acuezo tenia diez ciudades en su poder, ¿no es cierto?

— Sí, le contestaron varios.

— Pues bien, dijo Ramengo; este tiene siete mas, pero no por eso se aumenta su poder. Sus vecinos tienen celos; güelfos y gibelinos son tratados por él del mismo modo, y ambos partidos lo detestan, porque no hace á favor suyo ninguna diferencia. En suma, es el coloso de Nabucodonosor, cuyos piés eran de barro.

— ¿Pero dónde está la piedrecilla que lo ha de hacer caer?

— ¿La piedrecilla? Pronto la tendremos, respondió el traidor, y si... pero chiton... callémonos... Y se cogía los labios.

Este era el mejor medio de excitar su curiosidad, y por consiguiente lo estimularon á que hablara, diciéndole:

— ¿Vamos, qué ocurre? ¿Tenemos esperanzas?

— Nosotros vemos claramente que va Vd. al fondo de las cosas.

— ¿Porqué anda Vd. con rodeos?

— ¿No es nuestra causa la causa de los milaneses?

— ¿No aguardamos todos el momento del Señor, el *Dies iræ*?

— ¿Pero quién será nuestro jefe?

— Si Francesco Pusterla... contestó Ramengo interrumpiéndose por ver el efecto que producía aquel nombre, si Francesco Pusterla...

— ¡Cómo! replicaron los oyentes, ¿es Vd. todavía del partido de Pusterla?

— ¿Cómo, si soy de los suyos? reponía Ramengo; tengo carías para él del señor Martino de la Scala... pero silencio; la prudencia no está demás, porque tienen espías en todas partes...

Ramengo pronunciaba estas palabras haciendo pausas y mirando á todas partes. Ellos creían que era por desconfianza; en realidad era por ver si lograba que le dieran algunos detalles. Pero cuando vió que todos callaban, continuó:

— ¿Pero lo que son los hombres? ¿Quién lo hubiera

creído? Él que podia solo, que queria solo ser el jefe y el salvador de la patria, ahora duerme... se hace el chiquito... huye como un débil mendigo...

— Se para á decir el *mea culpa*, respondió alguno, á los piés de un hornero.

El padre del papa Benedicto II, que tenia la sede en Aviñon, habia sido panadero ú hornero, y por eso tenia el sobrenombre de Hornero.

La respuesta del milanés bastaba para indicar á Ramengo el escondite de Pusterla; por eso siguió diciendo:

— Cierito, se ha refugiado en Avignon, como un clero que aspira al sombrero verde, ó al sombrero encarnado: como un culpable de baja esfera, que busca su salvacion escondiendo su estoque homicida entre las sotanas y las capuchas. Pero nosotros lo despertaremos de su cobarde inercia, nosotros lo despertaremos.

— Sí, sí.

— Aquí hallaréis amigos suyos que os ayudarán.

— Aquí teneis, creo yo, repuso Ramengo, á su hermano Zurione, á Maffino Pietra; y le respondieron:

— Sí, pero tambien tenemos á su mayor partidario, al escudero Alpinolo.

— ¡Alpinolo! repitió Ramengo, sintiendo que se estremecía desde la raíz de los cabellos hasta la planta de los piés. ¿Dónde está Alpinolo? Tengo necesidad de hablarle de un asunto que le interesa. ¿Dónde está? ¿dónde está?

— ¡Qué calor!

— ¡Qué furia!

— ¡Qué aspecto!

Estas exclamaciones partieron casi al mismo tiempo al ver el frenesí con que Ramengo preguntaba por el paradero de Alpinolo.

— Acabemos de beber, dijeron algunos señores del grupo, y luego vendrá Vd. con nosotros donde los verá Vd. á todos. ¡Qué placer tendrán en volver á ver á Vd.!

— Pero quiero hablar en primer lugar á Alpinolo: yo sé como se manejan estas cosas.

Y mientras se hallaba dominado por la ansiedad de ver á su hijo, y la esperanza de que este reconociéndolo por padre suyo lo perdonara, los señores seguían bebiendo y elogiando á Alpinolo por la conducta que habia observado en un lance en que habia dado de bofetones á un amigo suyo que le recordaba que no tenia padre. ¡Cómo lo enorgullecia ese nombre de padre! ¡Cuán cercana veía la realizacion de sus esperanzas!

¡De esta suerte, con el corazon agitado por tantas emociones, en aquella noche en que espiaba al supuesto amante de Rosalía, se dirigía á Pisa en medio de los señores lombardos que entonaban canciones patrióticas, esas canciones que el desterrado acaba siempre lanzando un profundo suspiro!

XV.

EL PADRE Y EL HIJO.

Al entrar en la ciudad, encontraron las calles cubiertas con paños blancos y encarnados, y con guirnaldas de verdura de la estacion, que se llaman en Pisa las *florites*. En los balcones y las paredes se veían ricos tapices de Levante, telas de seda que parecían todavia un lujo inaudito en las cortes de los reyes, y que abundaban en las calles de aquellos activos negociantes.

Algunas fuentes manaban vino, al rededor de ellas se amontonaba la muchedumbre ansiosa de recibir en la boca ó en las manos el báquico licor. En otra parte se veían aparadores cargados con todos los artículos raros procedentes del mar Negro, del golfo Arábigo, del Báltico, conservados para memoria de las navegaciones felices al par que atrevidas.

En medio del tumulto, de la alegría, de la curiosidad del pueblo, que ya no se acordaba que la peste lo invadía todo, que habia olvidado el hambre de la víspera, y que no pensaba en la que tendria al dia siguiente, nuestros lombardos iban á donde se figuraban que hallarian á Alpinolo.

Ramengo los seguía ocultando el rostro con su capucha, cuando tropezaba con alguno de quien no queria ser visto.

Un milanés se presentó en medio de la multitud, y Muralto, levantando la voz, le preguntó:

— ¡Eh! Ottorino, ¿porqué ese tropel? ¿Podriais decirnos dónde para Alpinolo?

— En la primera fila para pelear en el Puente: todos nuestros camaradas están allí, y yo voy á reunirlos con ellos.

Dicho esto, desapareció entre el gentío.

— ¿Porqué diantres se mezcla en eso? preguntó Ramengo; ¡ir á pelear con palos como los gañanes!

— Vaya Vd. á decirselo.

— Así es él.

— Cuando se trata de dar pruebas de valor, querer detenerlo es pelear contra el viento.

Esto le respondieron.

Entretanto se dió la señal. No habia esperanza de llegar cerca de los combatientes. Parados pues bajo un pórtico, sostenido por un lado por una columna de pórfido egipcio, y por el otro por una columna griega, usando medios suaves y medios violentos alternativamente, llegaron á encaramarse á una plataforma. Desde allí pudieron dominar aquella multitud de cabezas desnudas ó cubiertas del modo mas variado del mundo: desde el magnífico turbante de Oriente hasta el sombrío birrete de Venecia; desde las ondeantes plumas del caballero provenzal hasta la redecilla del infor-

tunado hebreo; desde la toca de terciopelo y oro de los barones napolitanos hasta el capuz caído de los milaneses, que se habían colocado en primera fila para ser testigos de las proezas de sus camaradas.

Las trompetas sonaron y se vió aparecer al gonfalonero (1) y á los ancianos en una tribuna decorada como un pabellon turco. La multitud de espectadores se aumentaba y estrechaba cada vez mas, en tanto que los combatientes aguardaban con impaciencia la señal del combate en las barreras de las dos cabezas del puente, semejantes al agua que detiene una esclusa; luego, cuando las barreras desaparecieron á una señal de trompeta, se oyó un grito universal, y todos se precipitaron contra todos. Por atencion que prestara Ramengo para divisar algo, por de pronto no vió mas que una tempestuosa revuelta de gentes que asaltaban, de gentes que rechazaban, de bastones nudosos que caian con fuerza sobre pobres espaldas y cabezas heridas; oyó los gritos de los que descargaban y los gemidos de los que eran golpeados, todo esto en medio de las aclamaciones de ¡viva Santa María! ¡viva San Antonio!

Aclarándose poco á poco el teatro de la lucha á causa de los muertos y de los heridos, ya se podia adivinar á qué lado se inclinaba la fortuna. Entretanto se veia recoger á las barcas tritando de frío á los que habían caído en el agua. Otras veces los maltratados se arrastraban ó eran sacados en brazos fuera de la gabarra, poniendo sus manos en las heridas, y al cielo por testigo de no volver jamás á empeñarse en aquellas ridiculas batallas; pero los que se curaban no dejaban de entrar otra vez en la liza en los años sucesivos.

El furor se acrecentaba, y con él el interés de la escaramuza, y el que inspiraban todas las pasiones de los partidos y todos los rencores políticos. Los dos bandos de los Raspanti y de los Bergolini que, en los consejos y en frecuentes peleas dividian la ciudad de Pisa, favorecian, los unos á Santa María, los otros á San Antonio: su grito de guerra, los aplausos, los insultos inflamaban la rabia general, y el tumulto había llegado á su colmo.

Pronto se vió á la cabeza de los de Santa María y los Raspanti á un jóven que se distinguia entre todos por la fuerza de sus golpes, por el ancho círculo que formaba á su alrededor, por los estragos que hacia á derecha é izquierda. No tardó Ramengo en reconocer á Alpinolo por la belleza del jóven atleta y por los gritos de sus compatriotas. Desde aquel momento no quitó los ojos del atrevido guerrero, ora inquieto por los peligros que corria, ora lleno de admiracion y de sorpresa por tan maravilloso vigor.

Los Bergolini y San Antonio no pudieron resistir mucho tiempo tanta furia, y para defender sus cabezas volvieron la espalda. Entonces, los que se hallaban detrás de Alpinolo, como defendidos por una torre, se lanzaron con indecible intrepidez á perseguir á los fugitivos para alcanzar la gloria ménos bella, pero mas segura, de herirlos por la espalda, gritando con todos sus pulmones:

- ¡Viva Santa María!
- ¡Vivan los Raspanti!
- ¡Baldon á los Bergolini!
- ¡Vivan los Gambacurti!
- ¡Vivan los Aliati!
- ¡Abajo Lino de la Roca!

Estos eran los nombres de las dos facciones.

Hecha una señal por el gonfalonero, la barrera cayó de nuevo. Las trompetas y clarines sonaron en el interior con acentos de triunfo; Santa María atronaba, y los milaneses, acercándose á Alpinolo, lo abrazaron, lo cogieron en hombros, y lo llevaron hácia el estrado en donde debía recibir la corona de manos de la señoría. Todos ellos gritaban:

- ¡Viva Alpinolo!
- ¡Viva Milan!
- ¡Viva san Ambrosio!

El rayo de alegría que la victoria hacia brillar en la frente de Alpinolo se mezclaba de un modo indefinible con la consternacion que en ella habían impreso las desgracias pasadas, y con los signos del profundo dolor que lo devoraba, cuando llegó aproximarse Aurigno Muralto.

— Buena noticia, le dijo, alégrate: un milanés ha llegado.

- ¿Un milanés?
- Sí.
- ¿Y quién es?

— Un conocido tuyo, Lauterio de Bescapé, el brazo derecho de Pusterla. Tiene cosas de suma importancia que decirte, pero solo á tí.

Esto suscitó en la imaginacion de Alpinolo una multitud de ideas. Francesco, Margarita, Buonvicino, los Aliprandi, todos los amigos que había dejado en Milan se le vinieron al pensamiento, con la esperanza de ver á alguno de ellos, recibir quizá un mensaje, por lo ménos algunas noticias. Impelido, pues, por la mas viva impaciencia, sin esperar premios ni corona, se soltó de los brazos de sus compatriotas, y se dirigió al sitio en que le habían dicho que hallaria á aquel amigo bajo el pórtico de mármol. ¡Desgraciados de los pechos y los brazos de aquellos que le obstruan el paso!

— ¡Hélo aquí, miralo! dijeron los lombardos indicando al recién venido á Alpinolo, que se vió cara á cara con Ramengo.

En vano hubiera querido este sustraerse del encuentro tan súbito y ver á Alpinolo á solas; en vano hacia signos al paje para que callara, y para que se retirara

con él porque tenia que hablarle; un padre que halla á un aspid rodeado al cuello de su hijo único no mira con ojos mas espantosos que los de Alpinolo al contemplar frente por frente el rostro execrado del traidor.

— ¡Ramengo! dijo con voz semejante al mugido de un toro herido de muerte. Y en seguida, sin hacer caso de las señales de su adversario, empuñó de nuevo el palo, su arma triunfal, y corrió hácia el milanés gritando:

— ¡Espía infame!

Fué negocio de un momento. Los lombardos, no comprendiendo aquel arrebatado de cólera, se apartaban y dejaban obrar; pero Ramengo no aguardó al jóven irritado, y se precipitó entre los mármoles acumulados en aquel punto: luego, saliendo por la parte opuesta, se perdió entre la multitud, y así logró escaparse.

No perdía Alpinolo la esperanza de alcanzarlo, y lo seguia siempre gritando: « ¡Espía, por fin te encuentro! ¡Dejadme pasar! ¡dejadme cogerlo! Con un golpe castigaré todos sus crímenes. » Y para abrirse paso descargaba á derecha é izquierda sobre todo el que le impedía seguir su marcha por mal de sus pecados.

La plebe de Pisa, semejante á la de otros pueblos y á la de otros tiempos, había sentido un pequeño despecho porque un extranjero había ganado la palma de la victoria; y como sucede muchas veces, los vencedores lo sentian tanto como los vencidos. Cuando vieron que Alpinolo, no contento con desdeñar el premio, se encolerizaba de aquella suerte, y maltrataba á todos los que encontraba en su camino, se volvieron contra él y gritaron:

— ¿Contra quién se dirige ese frenético?

— ¡Por todos los santos del cielo! decian otros, preciso es que haya bebido la sangre del dragon y haya comido carne de cocodrilo.

— ¡Acabemos con ese Ambrosiano endiabrado!

Y comenzó la batalla de las lenguas, que precede ordinariamente á la batalla de las manos, entre milaneses y pisanos.

— ¡Plaza, pisanos, baldon de las naciones! gritaban los lombardos.

— ¡Seguid vuestro camino, milaneses, comedores de habas! respondian los pisanos enarbolando los puños.

— Mejores son las habas que los barbos.

De las palabras se pasó á las obras. « Son güelfos, son gibelinos, son traidores Raspanti. » Y se empeñó una escaramuza que costó mucho de apaciguar. Algunos murieron allí, otros quedaron con recuerdos tristes para toda su vida; pero, como acontece con frecuencia, los culpables se aprovechan de las querellas de los inocentes, y en medio del tumulto, Ramengo pudo huir, y por el camino mas corto se fué sin saber él mismo por donde.

Cuando Alpinolo se apercibió de que perdía su tiempo en perseguirlo, comenzó á jurar, á maldecir del día en que nació, del que le dió la existencia, y de la pícaro ocurrencia de haber tomado parte en el combate. Si no se hubiera mezclado en él hubiera dado alcance á Ramengo; se hubiera vengado, vengado á Francisco, á la divina Margarita, á la patria perdida por culpa suya, á la humanidad deshonrada por aquel traidor.

Por su parte, Ramengo, libre del peligro de morir á manos de su hijo, comenzó á quejarse y á buscar en la cólera el remedio de sus remordimientos. Aquella circunstancia redoblaba su aborrecimiento á Pusterla.

— Por haberme engañado con las apariencias de un falso amor he asesinado á mi mujer. Al fin me quedaba un hijo de ella, un hijo que podia ser mi consuelo y mis delicias, un hijo que podia suscitar la envidia de los que ahora me odian. Y ese infame viene todavía á interponerse entre nosotros, y por su loco capricho el padre y el hijo se ven divididos y son enemigos; pero no, yo no descansaré hasta que logre reconciliarme con mi hijo: yo exterminaré al que lo fascine. Despues me acercaré á Alpinolo, me uniré con él, lo presentaré en la sociedad de Milan, en la córte. Cuando me encumbre á un puesto elevado, ¿quién irá á buscar mi primer origen? Pero tú, maldito que eres la causa de nuestra separacion, ya sé ahora donde estás, donde te escondes, y dejaré de ser hombre si no te hago expiar tu crimen derramando tu sangre hasta la última gota. Hasta entonces no habrás pagado todas tus deudas.

Y aquel día escribió á Luchino Visconti la carta que hemos visto en las manos del secretario el día de la conversacion del príncipe con Margarita, en la cual pedia la impunidad de su hijo, y dejaba entrever que estaba preparándose para ir á sorprender á Pusterla.

En todo aquel día no se atrevió á presentarse en las calles de Pisa; no volvió tampoco á aparecer en la posada de Aquevino, que consideraba su casa como infamada por haber dado asilo á un hombre de aquella especie. Una taberna, con una rama de árbol por enseña, en la que se hospedaban toda clase de personas: farderos, mujeres de malas costumbres, marineros, vagabundos, gentes de mal vivir, fué el refugio de Ramengo durante algunos días de los que sucedieron al que nos ocupa; pero fecundo en intrigas y en urdir tramas, lleno de dinero, no tardó en ponerse de acuerdo con un capitán de un buque que con el primer viento favorable debía de darse á la vela para Antibes. Con efecto, pocos días despues partió sano y salvo de Italia.

Alpinolo, que lo espiaba noche y día por los mas recónditos lugares, entre la mas compacta muchedumbre, lo aguardó, pero siempre en vano. Solo debía volver á verlo en un horrible sitio.

La Dobrudja.

DE VARNA A KUSTENDJE.

Vamos á trasladar aquí la relacion completa de la marcha del ejército expedicionario por la Dobrudja, escrita por un testigo ocular, el señor doctor Quesnoy, siguiendo en nuestro propósito de tener al corriente á nuestros lectores de todos los pormenores de la guerra.

«Varna 23 de agosto de 1854.

» El 21 de julio la 1ª division dejaba su campamento de Tranka. Larga es la operacion de alzar un campamento donde se ha pasado ya mas de un mes; cada cual se encuentra acomodado como si se tratara de conservar la posicion eternamente; cada oficial, cada soldado tenia en Tranka su pequeña habitacion de ramas de verdura, las tiendas habían desaparecido bajo un bosque improvisado, que empezaba á colorearse con las tintas amarillentas que da el otoño á las hojas de los árboles. Sin embargo, preciso es confesar que todo el mundo deseaba marcharse; sin duda íbamos á hacer alguna cosa, y es mucho esta esperanza; la inaccion es mortal en campaña.

» El primer día se cargaron las mulas; los carros arrastrados lentamente por búfalos y bueyes principiaron á ponerse en movimiento, la artillería levantaba nubes de polvo bajo los piés de sus magníficos tiros; nuestros batallones en masa abrian la marcha, y en camino ya todo el mundo, la llanura de Tranka que hacia un instante ofrecia la imágen de la vida, del movimiento y de la agitacion, se quedaba detrás de nosotros silenciosa y triste como una ciudad que hubiera sido devorada por las llamas.

» La aldea de Jeni-Keni que atravesamos, es una aglomeracion de malas chozas de piedras cubiertas de paja. Un gran recinto formado por un cercado para encerrar al ganado, y hermosas granjas, anuncian que los habitantes de la aldea no son tan desgraciados como podia hacerlo suponer el aspecto de sus habitaciones. Una fuente abundante que se convierte en arroyo, corre á la falda de la aldea y llena las necesidades de la 2ª y la 3ª division, establecidas sobre un repecho que conduce por una cuesta al arroyo. Delante de nosotros se abre un magnífico paisaje donde se ven todas las especies de árboles frutales. La marcha de la columna se entorpece por esos senderos estrechos y desiguales, pero si es preciso sujetarse á largas paradas para que desfilen uno á uno nuestros carros de artillería y nuestro convoy, á lo ménos se disfruta de una rica sombra y de esa frescura perfumada de los bosques.

» Los árboles no son muy altos, sin embargo de que hay muchas encinas, pero la libertad absoluta con que se desarrojan, impide que se hagan derechos y que sirvan para los trabajos de construccion; nadie los cuida cuando son tiernos; todas las especies crecen reunidas en confusion, y cada vez que un habitante del país necesita un tronco para su arado ó su carreta, pegan fuego al árbol para derribarle. A pesar de esto, la Bulgaria en su parte montañosa es uno de los países mas ricos en bosques, y con un poco de inteligencia y de cuidado, se podria sacar de allí todo lo necesario para las construcciones navales y la provision de los arsenales.

» Se había señalado nuestra primera parada en Kaplaki, aldea turca y búlgara al mismo tiempo. Esta palabra aldea, en Turquía, quiere decir simplemente una aglomeracion de veinte ó treinta casas tan bajas, que es preciso agachar la cabeza para entrar en ellas, algunos árboles frutales, y de trecho en trecho algunos sembrados de trigo y de cebada, esto es, lo justo para una poblacion de ochenta ó cien habitantes, todo ello limitado por un cercado para impedir que los rebaños se esparzan por aquellas tierras. Una aldea turca no es otra cosa, generalmente hablando.

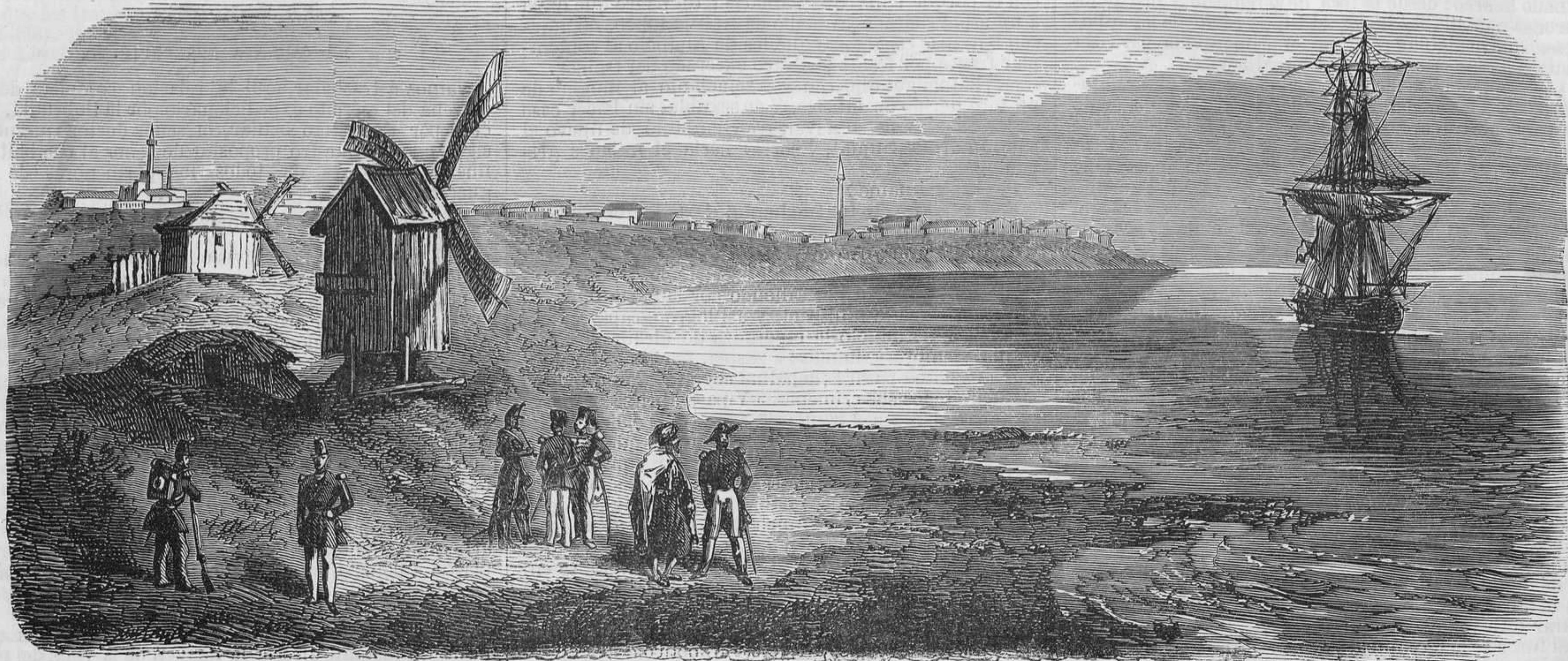
» Mas allá de Kaplaki continúan los bosques sin interrupcion. El camino vuelve un poco al Este, y desde las alturas se descubren los mas bellos panoramas que pueden imaginarse, por ambos lados las colinas muestran una abundante vegetacion; por abajo se despliega un valle sumamente fértil, lleno de jardines bien cultivados y regados por las aguas que bajan de las colinas; una multitud de caminos serpentean por entre bóvedas de verdura, y conducen á una aldea de modesta apariencia como las otras, pero muy afamada en la comarca por una mezquita que es hoy un monton de ruinas; es la aldea de Tekké adonde se llega despues de haber atravesado un puente de hermosa construccion que hay sobre el arroyo. El horizonte se confunde á lo lejos con la mar, sobre la cual se mecen los buques de la escuadra anclados en la rada de Balchick, y se descubre tambien la punta de Kavarna, que se adelanta al Sur sobre las olas.

» De la afamada mezquita de Tekké no quedan mas que algunos restos que los musulmanes no abandonan aun, á pesar de su mal estado. El minarete está torcido y amenaza desplomarse; las construcciones se hallan desmanteladas, y las brechas, en la parte destinada al culto, han sido reparadas por medio de ramas de árboles.

» Un camino tortuoso por entre los bosques, conduce de Tekké á una altura donde cesa toda clase de vegetacion arborescente. El contraste es singular; en el límite de las cuevas hay árboles magníficos, y en la altura solo se encuentra yerba y algunos matorrales raquíuticos.

» En la segunda jornada llegamos á Challas-Deherme,

(1) Jefe municipal.



Expedición de la Dobrudja. — Mangalia.

desde donde se domina la rada y la aldea de Balchick, en una hondonada enriquecida con hermosos árboles frutales y ricas fuentes.

» Aquí comienza una nueva zona de terreno de una naturaleza particular: el terreno es llano, con pocas ondulaciones, y la vista, por mas que se extienda, no descubre un solo árbol. Hay pocas tierras cultivadas; las aldeas escasean, y se componen de un corto número de casas. No se ve un solo arroyo, y los campesinos tienen que sacar el agua de pozos muy hondos, para sus necesidades y las de sus rebaños. De Balchick a Kavarna y de Kavarna a Chablar, solo se encuentran algunas aldeas miserables de doce á quince casas, y un terreno cubierto de yerbas que cada año se secan y se pudren. Nada es mas triste que una marcha por esas llanuras interminables.

» Los habitantes de las aldeas eligen los sitios bajos para construir sus chozas, y en los puntos mas hondos hacen pozos que tienen mas de cuarenta metros de profundidad. Estos pozos están bien cuidados por lo que respecta á su obra de fábrica, pero no así en lo tocante á su limpieza, por lo cual el agua sale con un gusto cenagoso; cada pozo tiene su puerta que se cierra con llave, y hay horas fijas para dar de beber á los ganados. El sistema para extraer el agua es el que se emplea en las norias, como se ve en nuestro grabado; algunas aldeas no tienen mas que dos ó tres pozos, y las mas favorecidas tienen doce ó quince, pero en todos ellos es mala el agua.

» En la parte alta de la Dobrudja se ven zanjas profundas que principian á uno y dos kilómetros de la

mar, adonde van las aguas de los rios y manantiales que se encuentran á diferentes alturas en las cuestas. Hay dos muy notables por la calidad de sus aguas, que son la de Balchick y la de Kavarna. Estas zanjas parece que han sido abiertas por las aguas, y solo existen en las partes elevadas. Los habitantes del país han comprendido todas las ventajas de la posición de estos canales, y en sus cercanías han fundado aldeas de mayor importancia que las otras como Balchick y Kavarna que, en razón de su anchura y de su buena rada, podrían llegar á ser ciudades de consideración, si el país que las rodea estuviera habitado y cultivado.

» Balchick es un pueblo edificado al borde de la mar y á la falda de una montaña de piedra caliza que las aguas y el tiempo han cercado de un número infinito de pequeños promontorios. Las casas se hallan por grupos y no aisladas por medio de jardines, como en las otras poblaciones turcas. En algunas calles se ven tiendecillas con todo lo necesario para el consumo del pueblo. Como aspecto general, esta población vista de la mar, parece hallarse en anfiteatro; pero presenta alturas y hondonadas que siguen las ondulaciones del terreno en donde se halla construida. Como todas las ciudades de Oriente, está sucia y mal cuidada; las calles están llenas de basura, y en medio de ellas hay un arroyo inmundado.

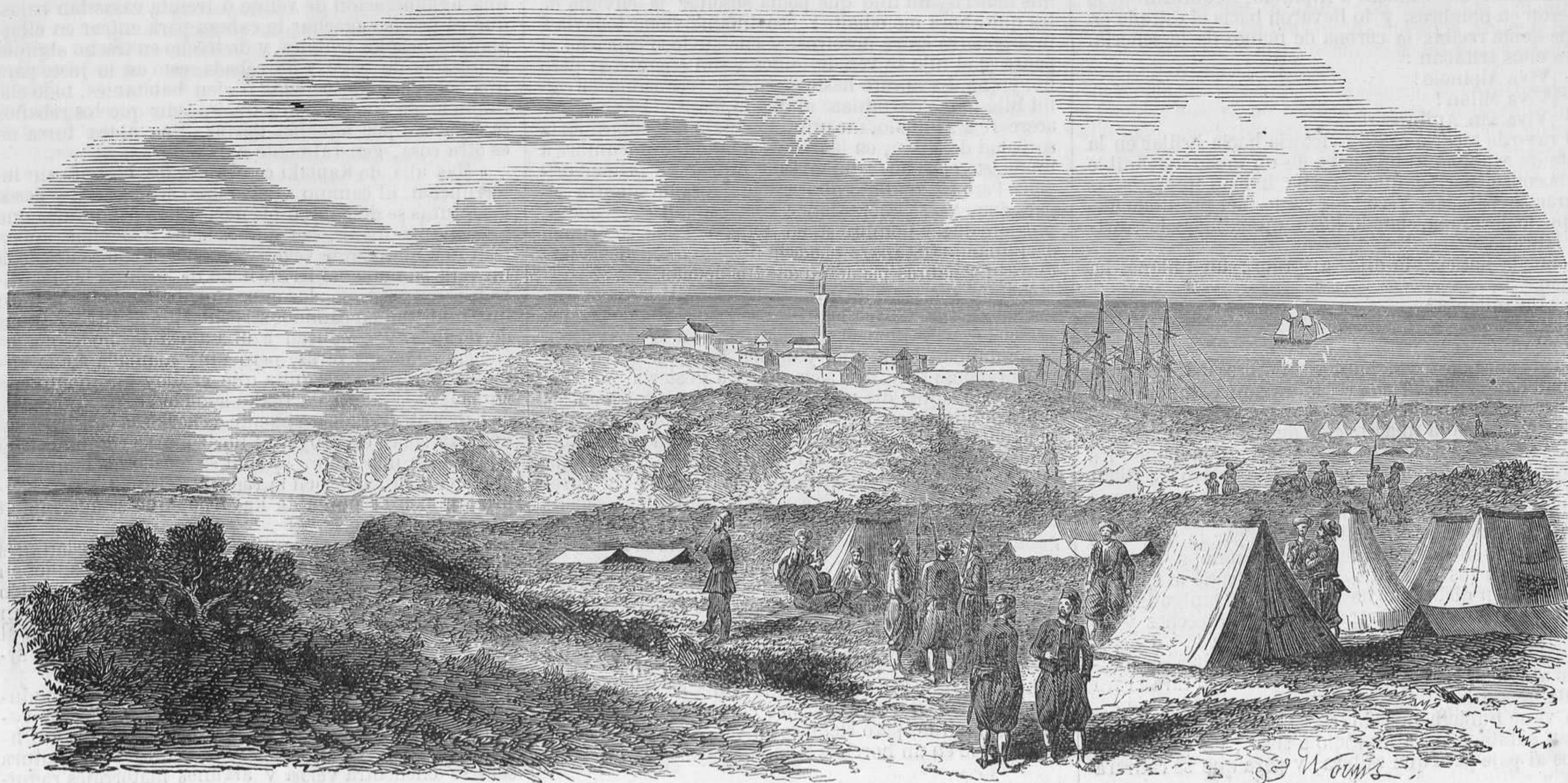
» Balchick tiene en el día una animación accidental, debida á la presencia de la flota; pero en tiempo ordinario no debe notarse allí movimiento ninguno. El terreno que la rodea es impropio para todo cultivo, si se exceptúa una hondonada cerca de las fuentes, donde

hay algunos jardines. Para encontrar las primeras tierras de labor, es preciso subir una cuesta de 900 á 1000 metros.

» Hay en Balchick una población de 1200 almas, y tres mezquitas. Kavarna tiene un puerto y un grupo de habitaciones en la ribera junto á la boca de un barranco, pero la población se despliega en una altura á tres kilómetros de la mar. Está edificada en forma de herradura á los dos lados del barranco, cuyas vertientes han sido dispuestas para la mayor facilidad del riego de los jardines. Allí se cultivan la viña, las moreras y otros varios árboles frutales. En varias calles se ven algunas tiendas, pero todo de aspecto miserable. Un crecido número de casas que fueron arruinadas por los rusos en 1828, siguen en ruinas todavía atestiguando la incuria de los habitantes. Dos mezquitas y una iglesia griega se hallan dedicadas al culto de aquella población medio turca y medio búlgara.

» Dos jornadas de marcha nos separan de Mangalia. El aspecto general del país, es cada vez mas triste; todo cultivo ha desaparecido, no se ven mas que yerbas y matorrales que entorpecen horriblemente nuestra marcha. Nos detenemos algunas horas en *Chablar*, aldea de mejor apariencia que las otras, y acabamos de levantar nuestras tiendas en *Saselmuch*, á orillas de un lago, cerca de un bosquecillo perdido en aquellas llanuras desoladas.

» Cuando se marcha por tierras desconocidas y miserables, cada paso que se da adelante infunde la esperanza de que un poco mas allá debe encontrarse el fin de una mala jornada. En la Dobrudja ni aun se puede



Campamento de zuavos en Kustendje.

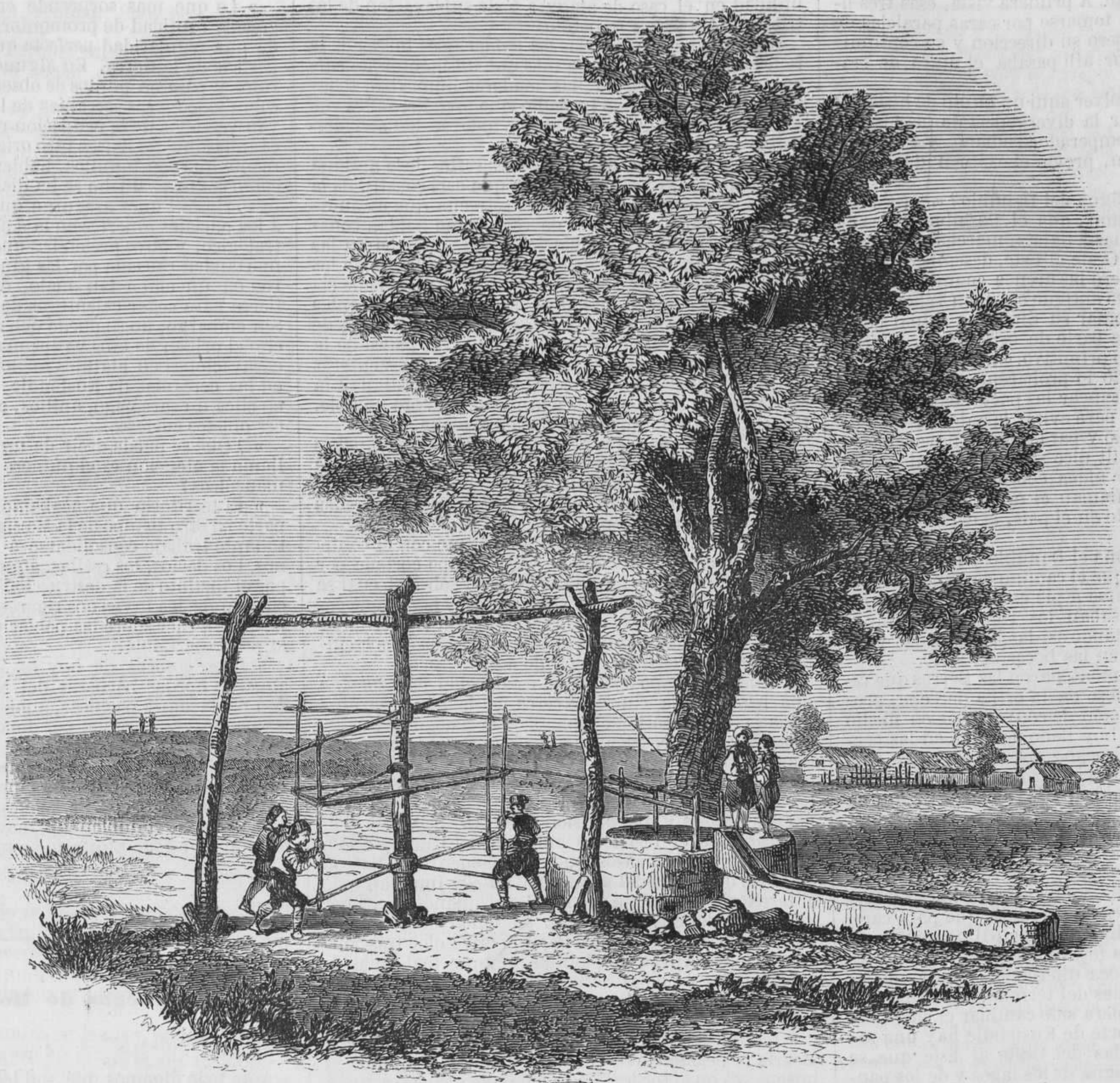
tener esta ilusión; las paradas se suceden, y nada distrae la vista de la monotonía de esas llanuras sin fin. Las pocas aldeas que se encuentran á orillas del camino no son mas que un conjunto de escombros y de ruinas que señalan el paso de los bachi-bozucks y de sus instintos destructores. Pero sin embargo, una esperanza nos anima, y es la de llegar á *Mangalia* que se da pomposamente el título de ciudad, y donde el soldado en su sencillez, espera encontrar si no la abundancia, á lo ménos algunas menudas provisiones que siempre hacen falta. Pero ¡oh triste desengaño! *Mangalia* como todos los lugares que hemos visto, no es mas que un conjunto de chozas arruinadas, cuyos habitantes se retiraron ante la vanguardia de los cosacos regulares

» *Mangalia*, sin embargo, tiene un antiguo origen; *Strabon* nos la muestra, bajo el nombre de *Callotis* habitada por una colonia de los habitantes de *Heraclea del Ponto*, y fundada por los *megarianos*. Los romanos establecieron allí un puesto militar sobre la punta que se avanza en los mares, pero se ven algunos trozos de columnas, y algunas piedras de sillería que debieron pertenecer á construcciones de mucha solidez. Pero no es este el único vestigio que se encuentra en la *Dobrudja* de aquel pueblo conquistador. De *Balchick* (*Crema*) hasta mas allá de *Kustendje*, y sobre todo al Sur del muro de *Trajan*, se ven todavía en las alturas esas masas de gruesas piedras que indican la antigua existencia de establecimientos militares. Hoy *Mangalia* ha desaparecido bajo las yerbas y los matorrales que crecen en sus calles desiertas. Sus miserables casas cubiertas de paja fueron destruidas en 1828, y no han sido reedificadas. La última invasión de la *Dobrudja* por las bandas irregulares del ejército ruso ha dejado sin población á esa

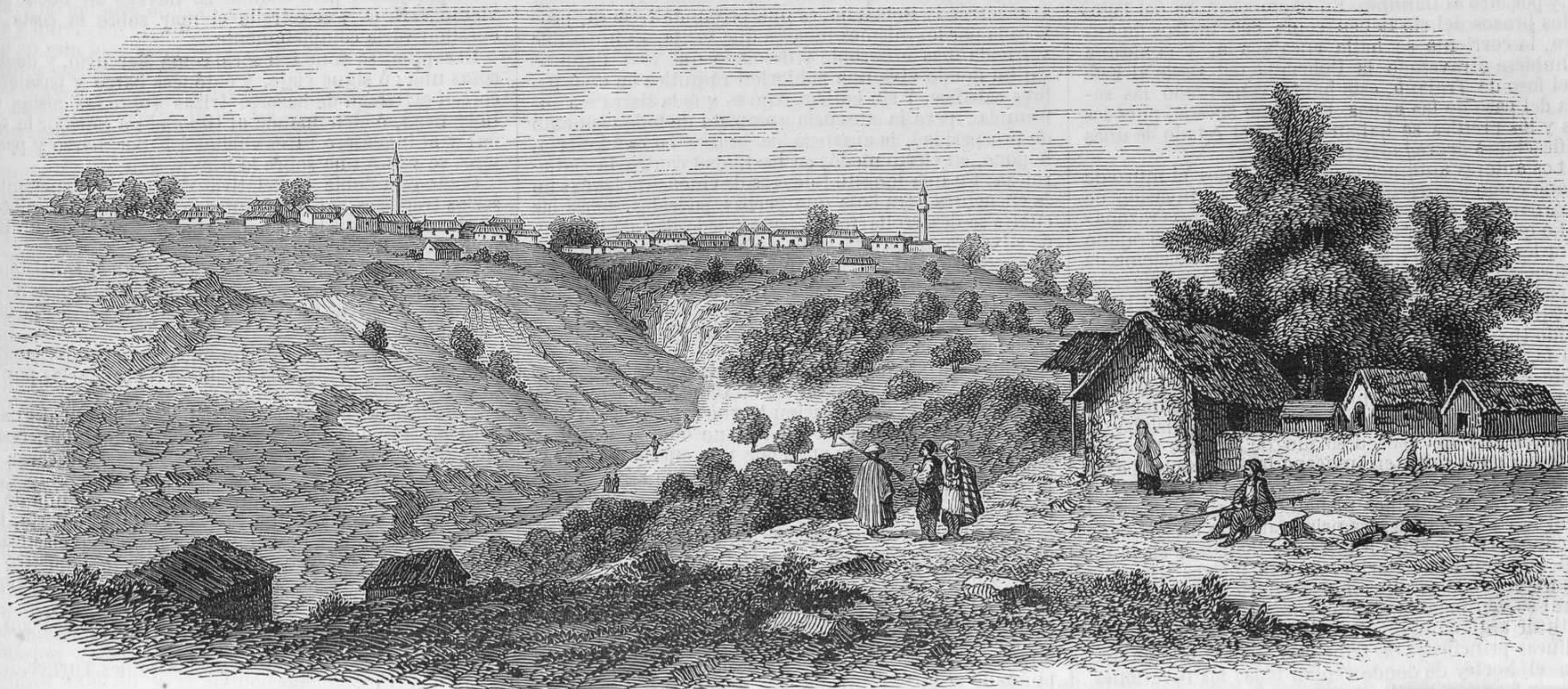
pobre ciudad, todos los habitantes huyeron temiendo la crueldad de los cosacos, y abandonaron todo cuanto no pudieron llevarse consigo. Pero la presencia de nuestras tropas ha bastado para tranquilizar los ánimos, y algunas familias turcas han vuelto á sus hogares. Al borde de la mar, un grupo de casas de piedra, de una espléndida construcción, comparadas con las otras, es lo que constituye verdaderamente la ciudad; las demás casas se extienden sobre una misma línea, mezcladas con jardines incultos donde se cogen algunos frutos silvestres. Dos mezquitas sumamente sencillas se elevan sobre las humildes casas de esa ciudad arruinada. Una porción de pozos poco profundos suministran el agua necesaria á los habitantes, y un gran lago de agua ama-

únicos seres que nos anunciaron que se puede vivir en aquellas tristes regiones. Sin embargo, tenemos en perspectiva un hecho histórico que considerar, y hasta parece que la historia se conjura también para mostrarnos la exageración ó la inestabilidad de las cosas humanas.

» Buscábamos pues los restos del famoso muro de *Trajan*, y los atravesamos sin podernos convencer de que fuese aquella la obra imponderable cuyo recuerdo han perpetuado las tradiciones y la historia. En efecto, nada queda hoy, sobre tres líneas paralelas separadas entre sí por la distancia de unos 300 metros, si no es una especie de pretil y un foso poco hondo. El pretil ha sido cortado, y el foso se ha llenado de tierra para que pase



Un pozo en la Dobrudja.



Vista de Kavarna.

el camino que hoy existe. A primera vista, esas tres líneas defensivas podrían tomarse por caras paralelas de un campo fortificado, pero su dirección y su continuidad demuestran que por allí pasaba el muro de Trajano.

» No pretendemos resolver aquí un punto de historia, pero sí vamos a recordar la divergencia de las opiniones sobre esa obra del emperador romano, y á escribir también nuestra opinión, previo el exámen de los lugares.

» ¿Fué una madre antigua del Danubio? «Parece demostrado, dice M. Ladimir, que el Danubio, ántes de dar el rodeo de Ressoava hasta Galatz, marchaba directamente al mar Negro del Oeste al Este, desembocando en la rada de Kustendje. Pero las arenas acumuladas que taparon la entrada de ese antiguo canal en Tchernawada, obligaron al río á tomar su dirección actual hácia Galatz triplicando en esa parte de la Turquía. la antigua anchura de su curso primitivo.» Esta suposición es puramente gratuita, como lo probarémos luego.

» ¿Fué un medio para sanear las partes bajas del curso inferior del Danubio, para evitar la aglomeración de arenas en las bocas del río y para hacerle navegable en todo tiempo? M. Doussault dice sobre este punto: « En Tchernawada, miserable aldea compuesta de algunas casas, comienza lo que llaman el muro de Trajano, ó como se dice vulgarmente en el país, el canal de Constancio.»

» El triángulo que forma el Danubio y la mar es tan estrecho en aquel sitio, que el camino de Tchernawada á Kustendje, puede andarse á pié en seis ó siete horas. Cortando ese istmo pensaban los romanos reunir el Danubio con la mar, evitando así las hondonadas y las acumulaciones de arena en las bocas del río.

» Al abrir ese canal, amontonaron las tierras que resultaron de aquel vasto foso en la orilla derecha, probablemente con la intención de convertirlos en medio de defensa. Este canal, hoy lleno de agua en las cercanías de Tchernawada, acaba dos leguas mas allá, convirtiéndose en un pantano, y solo puede dar una idea de él un estrecho valle que se encuentra á una hora de Kustendje.

» Esta opinión es tan errónea como la precedente. En efecto, el muro de Trajano reina en toda la anchura de la Dobrudja sobre una cresta elevada relativa á la configuración general del país, y atraviesa la línea en que se dividen las aguas. No es de presumir que para cambiar el curso del río se eligiera principalmente uno de los puntos mas altos. Los fosos tienen por todas partes igual profundidad, con poca diferencia, y su fondo sigue todas las ondulaciones del terreno, lo mismo que los pretilles. Si el fin hubiera sido cambiar el curso del río, á pocas leguas al Norte de Kustendje hay una serie de hondonadas dirigidas del Oeste al Este que se hallan hoy llenas por el agua de los lagos y de los pantanos, y que, á poca costa, habrían ofrecido las condiciones más favorables. Por último, lo que nos parece mas concluyente para refutar toda idea del paso del Danubio por el foso de Trajano, es que en las cercanías de Kustendje, no se ve ninguna señal de embocadura del río. La rada se halla envuelta por altos peñascos al Sur de la ciudad hasta mas allá del punto en donde desemboca el foso, y por el Norte, la serie de los lagos se halla separada de la mar por una lengua de tierra estrecha y baja.

» Por el lado del Danubio, el muro de Trajano principia en un lago alimentado por un arroyuelo que viene de Rassoava y que llaman por esta razón el lago de Rassoava. Este lago tiene una corriente rápida del Este al Oeste hácia el Danubio, y no puede admitirse que jamás se hayan podido dirigir esas aguas hácia su origen, con tanta mas razón cuanto que entre Rassoava y Kustendje se halla, como ya hemos dicho, la línea divisoria de las aguas que van, por un lado, al mar Negro, y por otro al Danubio. En la embocadura del lago, los dos brazos del río tienen como 800 metros de anchura, la corriente se halla encajonada, y si alguna vez hubiese atravesado la Dobrudja del Oeste al Este por el foso de Trajano, este habría conservado las señales del paso de las aguas, lo que no sucede, pues los fosos y los pretilles se hallan aun en el estado de unas fortificaciones degradadas por los siglos.

» Los autores antiguos consideran todos el muro de Trajano como una fortificación contra la invasión de los bárbaros, y es la única opinión que parece razonable. Lo que pasaba entónces en las guerras de Trajano contra los dacios explica suficientemente el sistema de fortificación que el emperador romano quería poner en uso para oponer á los serdas del otro lado del Ister, una valla inexpugnable. En efecto, cuando Decabalo vencido tuvo que pedir una paz que no guardó por su mala fe, Trajano mandó construir sobre el Ister un puente de madera para comunicar fácilmente con la Dacia, que sometió y redujo á provincia romana, y después mandó construir la muralla que aislaba la Moesia inferior del país desolado de la parte baja del Danubio, donde caían en invierno las hordas bárbaras de la orilla izquierda del Ister. Lo que queda hoy del muro de Trajano justifica plenamente esa opinión. Del Sur al Norte, se encuentra primeramente un pequeño foso con pretil interior; á unos 250 metros se eleva un pretil alto con foso exterior, y á 200 metros mas allá se ve un segundo pretil con foso exterior. En el pretil central se ven todavía piedras enterradas que debieron constituir antiguamente la principal fortificación. Las dos líneas principales de trinchera tienen pues su foso hácia el Norte, de donde venían todas las invasiones. El tercer foso con pretil al Sur, pudo haber tenido su

utilidad en el caso de ataques ó de sublevación de las tribus de los países sometidos.

» Kustendje, como todas las poblaciones turcas de la Dobrudja, no es en el día mas que un monton de ruinas. A nuestra llegada, las maderas humeaban todavía, á causa del último incendio que prendieron los rusos. Solo quedaba un habitante; todo se hallaba destruido y confuso.

» En Kustendje se hallan muchos restos de la antigua *Constantiana*. El promontorio en que está construida la ciudad, presenta una parte mas estrecha que comunica con la tierra; mas allá de este istmo habian construido los romanos su población que se hallaba en las mejores condiciones de defensa. Bajo los restos de las habitaciones turcas, construidas con las piedras de sillaría de los edificios romanos, se hallan los cimientos de todas las casas. Algunos fragmentos de pórticos y de bóvedas se hallan en pié todavía, y en el flanco de la colina inclinada hácia la mar se ven columnas enteras con sus capiteles bien conservados, que atestiguan la existencia en aquel sitio de algun monumento notable. Era sin duda una buena población romana.

» En tiempo de los turcos, no debió contar muchos habitantes; solo hay una mezquita en el centro de ella, y sus casas cuya destrucción data de 1828, se hallan en ruinas la mayor parte, y muy poco reparadas por sus nuevos habitantes.

» La parte estrecha que une el istmo con el continente parece haber estado en otro tiempo cortada por un foso, hoy casi lleno de tierra, pero sobre el cual se ve un puente de hermosa construcción, por donde comunica aun la ciudad con los afueras. En las cercanías de Kustendje hay algunas ruinas, cuyas piedras esculpidas parecen haber pertenecido á un templo.

» Nuestro campo se hallaba establecido en *Pallas*, á una legua de la ciudad y cerca del lago que termina hácia la mar la serie de hondonadas cenagosas producidas por los arroyuelos que bajan de Babadagh. Una marcha nocturna nos llevó á ocho leguas de allí, á Kargeluk, donde nos habian precedido los bachi-bozuck y los zuavos para reconocer el país que se decía ocupado por los cosacos y una división rusa. Allí principia verdaderamente el territorio anegado del bajo Danubio. Además de los inmensos lagos que vienen del Oeste al Este, los derrames del gran lago *Raselm* inundan todo el territorio próximo á la mar. Los pantanos, secos por los calores del estío, dejan en su fondo montones de materias orgánicas en putrefacción cuyo olor trasciende á lo léjos. Allí principian las regiones mal sanas de la Dobrudja, y no es de extrañar que el cólera que se hallaba á cincuenta leguas de nuestro punto de salida viniera á visitarnos en aquellos parajes.

» La división, á su vuelta á Kustendje, saludaba con alegría la llegada de su general que había concluido su misión, y con el socorro de la flota que se llevó á nuestros enfermos, pudimos volvernos atrás deseosos de abandonar aquel país de desolación y de miseria.

» Nuestra marcha retrógrada fué muy penosa y muy triste, cada día crecían las dificultades para transportar nuestros enfermos, con los pocos árabes de que disponíamos. Nuestros soldados carecían de todo, excepto de su ración cotidiana, pues no habian podido procurarse ninguna cosa en aquel país desierto durante nuestra excursión, pero el general Canrobert había previsto sus necesidades, y ántes de su llegada á Kustendje mandó que les enviaran tabaco, vino y aguardiente. En Mangalia encontramos todo esto, con mucha alegría de toda nuestra gente.

» La marina volvió á recoger en Mangalia nuestros enfermos, y á cortas jornadas llegamos á nuestro campamento de Balchick, casi enteramente libres de la horrosa epidemia que nos habia acometido de repente.

» La impresión que todo viajero debe experimentar al recorrer la Dobrudja, es una profunda tristeza, provocada por los mismos lugares que visita. Es imposible ver nada mas miserable y desolado que esas llanuras sin fin donde vive una población raquítica en unas pobres cabañas. Y sin embargo no es que la tierra sea infecunda; pero la ausencia completa de todo elemento de prosperidad, la ausencia de brazos en ese desierto, le pone, en cierto modo, en hostilidad contra la naturaleza. En una longitud de mas de cincuenta leguas no se encuentra otra cosa que yerbas postradas, sobre las cuales se desarrolla todo lo que puede dar de inútil y de silvestre un terreno rico. Apénas á largas distancias se encuentran algunos sembrados de trigo y de cebada. Los lagos, los pestíferos pantanos, son hijos del estado de abandono en que se halla ese pobre país, que, sin embargo, con la industria y el trabajo podría convertirse en una hermosa comarca.

» La Dobrudja geográfica principia mas allá del muro de Trajano, y termina en el Danubio; pero seria preferible á esta demarcación la que reposa en la naturaleza y la configuración del terreno. Así pues, dejando el valle de Tekké se sube por una cuesta muy pendiente hasta una altura que nos parece ser el límite verdadero de la Dobrudja por el Sur. Efectivamente, desde ese punto, las calidades del terreno son las mismas que las de todo lo restante del país que baja sobre el Danubio: se acaba la vegetación arborescente, y se acaban los arroyuelos. Los aldeanos no tienen mas agua que la de los pozos, y bien luego aparecen los primeros lagos, que son el carácter distintivo de la Dobrudja: las partes altas se distinguen por su mayor salubridad, en tanto que en las bajas sucede lo contrario. Bajo este punto de vista el muro de Trajano es un límite que la experiencia debe impedir que se atravesase nuevamente.

» Lo que mas sorprende en toda la Dobrudja es la crecida cantidad de promontorios en forma de cúpulas de una regularidad perfecta que se elevan sobre la superficie de la tierra. En algunos sitios son poco numerosos y parecen puntos de observación, pero en otros, y sobre todo en las cercanías de las ciudades que conservan vestigios de la ocupación romana, hay tantos que es imposible no darlos otro origen. Se piensa generalmente que son túmulos, habiendo algunos gigantescos como colinas. Mucho se ha dicho sobre estos sepulcros misteriosos: unos aseguran que se enterraban en ellos á los oficiales muertos en la defensa de aquel punto estratégico, y otros pretenden que atestiguan la inmensa mortandad causada por las grandes obras que se hicieron en un clima tan malo, donde basta remover la tierra para coger calenturas de un carácter pernicioso. Sin embargo, no se puede determinar de un modo preciso el origen de esos vastos mausóleos. Se han hecho excavaciones en algunos menos importantes que hay en las cercanías de Kustendje, habiéndose encontrado en ellos un sarcófago, anillos, adornos, armas, y á veces objetos curiosos.

» ¿Qué se puede decir de un país, donde lo que mas llama la atención es el número y la extensión de los mausóleos?

» El territorio que acabamos de recorrer formaba parte en otro tiempo de la Moesia inferior, donde les costó tanto trabajo consolidarse á los emperadores romanos. Los dacios, los escitas, aquellos bárbaros impelidos por el instinto de la destrucción y el saqueo, se aprovechaban de los inviernos rigurosos en que se helaba el Ister para caer sobre las poblaciones donde se establecía la poderosa Roma.

» ¿Los cosacos de hoy no son los dignos hijos de aquellas hordas bárbaras del Norte? Como ellos invaden poblaciones pacíficas, matan, saquean, destrozan y queman, sembrando por donde quiera que pasan la desolación y el espanto.

» El 21 de agosto, la primera división se hallaba ya de vuelta en su campamento de Franka, adonde habian llegado ya las divisiones segunda y tercera que habian hecho también un movimiento hácia la Dobrudja. El estado sanitario se mejora de día en día.

» F. QUESNOY. »

Los fuegos de Holy Head (1).

I.

Ante todo digamos qué son los fuegos de Holy Head. Ya se sabe que las costas de Inglaterra son por demás peligrosas, sobre todo en el mar de Irlanda, y que no bastan los muchos faros que en ella se han levantado. Sin embargo, como el almirantazgo inglés no perdona medio alguno para mejorar este servicio, ha mandado colocar en alta mar fuegos fijos, como en Eddystone, y farolas de color como en los pontones de Holy Head.

Como este último establecimiento nos interesa como teatro en que se han de mover nuestros personajes, dejáremos á otros el cuidado de referir en una obra científica los demás sistemas de faros establecidos en Inglaterra.

Los barcos que navegan de Liverpool á Kingstown despues de costear la isla de Anglesey, pasan cerca de Holy Head.

Cuando el viaje se hace de día y con buen tiempo es un verdadero paseo muy agradable para la tripulación y los pasajeros; pero cuando se navega de noche con viento N. N. O. y se estrella el mar sobre la costa, la cuestión varia completamente.

El capitán se pone tan serio como Mercurio, y de dos cosas una: ó sigue viaje, y entónces barco y pasajeros corren el riesgo de hacerse trizas sobre las costas de Holy Head, ó bien manda al timonel: á estribor la caña; y al ingeniero: tres vueltas á babor, barco y pasajeros se van á una sobre la isla de Man.

Como esta doble expectativa no deja de tener muy serios tropiezos, el almirantazgo ha mandado colocar pontones-faros en la costa de Anglesey en el punto llamado Holy Head.

En pocas palabras, este sistema de faros consiste en un buque desmantelado, anclado á tiro de cañon de la playa, y en cuyos dos extremos se cuelgan dos faroles de color sobre un parapeto á propósito.

Un guardian vive en el ponton, y su encargo es mantener en buen estado las farolas y encenderlas por la noche y en los días de neblina.

Cada ocho días va un bote de tierra á llevar al guardian sus provisiones de boca y el combustible necesario para una semana, y apénas entrega su carga se vuelve á tierra.

Ahora bien; el 15 de junio de 1851, á la una de la tarde y en medio de una fuerte brisa del Sudeste, un personaje envuelto en un paletó de goma elástica y con la cabeza cubierta con un *sorway* de fieltro se paseaba á largos pasos sobre el puente-faro de Holy Head.

Tres perros escoceses seguian á aquel hombre con la cabeza baja y la oreja caída.

El hombre se llamaba el haronet James Turner.

(1) Léase *Joli Jed*.

Los perros se llamaban Yeoman, Snowball y Selkirk.

Hacia un mes que el baronet servía en calidad de guardián en el faro con un sueldo de 30 libras, ó sean 150 duros al año.

Además James Turner tenía 25 años, ojos azules, cabello rubio y mejillas frescas y sonrosadas, como un durazno del Orléanes. Ni un átomo de locura había en su cerebro bien organizado, y si se le hubiera antojado hacer su testamento al disponer de sus cuantiosas riquezas, habría podido en conciencia emplear la frase sacramental: « en su entero y cabal juicio, memoria y entendimiento natural. »

Eso sí que James era de los que llegan al muelle al desatracarse el vapor, ó cuando el convoy pasa á toda máquina delante del parador.

Si lo convidaban á comer, de seguro llegaba en el momento en que todos se levantaban de la mesa. Si iba á un baile, era para ver á los criados apagando las luces.

Tenía el baronet por vecino de campo á sir Jorge Peeble, cumplido caballero, que había ido á establecerse en Anglesey con su joven hermana María Peeble, una de esas inglesas que pintaba Lawrence.

Sir Jorge era un cazador desaforado y un pescador excelente.

El baronet gustaba con delirio de ambos ejercicios, y sobraba con esto para que fueran ambos grandes amigos.

Una noche en que el baronet acababa de despedirse de sus inmejorables vecinos de vuelta á su quinta, le dió por pensar que era muy rico, que su salud era incomparablemente buena, y que estaba soltero. En estos pensamientos fué sin saberlo á dar en que miss María no le iba en zaga en ninguna de esas tres circunstancias, y luego, también sin saberlo, se preguntó si la reunión de todas esas cualidades no sería una cosa apetecible.

Sacó su reloj, y á la luz de las estrellas pudo ver que era la una de la madrugada, y calculó que á tales horas quizá no estaría de humor su amigo Jorge para oír su demanda de matrimonio con su hermana María.

En justicia debemos sin embargo declarar que el baronet titubeó ántes de seguir su camino: había tardado dos años para resolver esta grave cuestión y quería recobrar el tiempo perdido.

Al día siguiente, cuando se vestía para ir á hacer la demanda oficial, entró en su cuarto el piloto de su yate con la noticia de que se acercaba un banco de sardinas, prometiendo una pesca asombrosa.

— ¿Le han avisado á sir Jorge? preguntó el baronet.

— Sí, señor baronet.

— Corriente y se nos reunirá en la mar, pensó James, y yo tendré menos embarazo en dirigirle mi petición. En seguida se embarcó en su bote.

Durante el día la sardina se alejó y James quiso cortarle la retirada. Por la noche remontó la sardina en dirección al golfo de Solway, lo cual fué una imprudencia: James remontó persiguiéndola, lo cual fué un desastre. En una palabra, trascurrieron tres días ántes que el baronet volviese al puerto y á sus lares para que la primera cara amiga que se le presentase, el ayuda de cámara de sir Jorge Peeble, le anunciara al saltar en tierra que su amo acababa de dejar la isla para ir en Cumberland, donde pensaba casar su hermana la bella María con sir Eduardo, hijo del célebre mayor Hogson.

James Turner ¡vive Dios! tuvo unas ganas rabiosas de saturar su *grog* con una fuerte dosis de morfina para adormecer *in eternum* su amor y su pesar en la tumba de sus mayores; pero habiendo encontrado en la ejecución de este proyecto graves dificultades por parte del boticario de semana de S. S. James, se preguntó si aquel primer arranque era del todo racional, y finalmente si no hallaría en la misantropía un consuelo más digno y duradero.

Fijo en esta idea principió á sacar deducciones y argumentos sorprendentes.

Si el mayor Hogson, padre de mi rival, decía, hubiera sido muerto en la India, no se habría casado en Cumberland, y sir Eduardo no hubiera nacido. — *All-right.*

¿Porqué los indios no matarían al mayor Hogson? ¿porqué sir Eduardo no se habrá roto una pierna, ó las dos, ó la nuca al saltar una valla?

Una vez en este camino, le fué imposible detenerse: la humanidad entera se hizo responsable del pesar del baronet, que resolvió vivir lejos de su contacto, y para ello, haciéndole la menor concesión, solicitó en el almirantazgo el empleo de guardián de Holy Head.

Nadie habría sido más feliz en la elección de un retiro solitario: Robinson mismo no se hallaba más incomunicado ni más abandonado en su isla desierta que el baronet en su faro del mar.

Por el día pescaba ó cazaba al vuelo las gaviotas blancas que venían á revolotear en torno del buque: cuando cerraba la noche prendía los fuegos que le estaban confiados y bajaba á la cámara.

La pipa, el *grog* y la lectura eran entonces sus distracciones habituales. Cuando la mar estaba picada y el ponton forcejeaba sobre las anclas, el baronet cerraba su libro y quemaba un ponche monstruo de Ginebra. Recostado en la tabazon de su cámara, oía en calma las quejas del viento, los crujidos de la madera y el rechinar de las anclas y cadenas de la bodega; su imaginación, exaltada por la soledad, por la concentración de su espíritu y el líquido inflamado, subía de punto hora por hora, minuto por minuto.

Entonces no era ya James Turner, sino el genio som-

brío de aquel barco fantástico, y á su voz se movían los espíritus invisibles y misteriosos que poblaban aquellas soledades: las balas se salían de sus cajas y rodaban sobre cubierta con el ruido del trueno, y sin cesar resonaban los chirridos de las palancas de las bombas con sordo murmullo.

Jadeando y sin aliento James se dejaba caer en su hamaca y dormía un sueño febril.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Sobre el movimiento de la caza. — Categorías de los cazadores. — El cazador aristocrático; — el cazador sencillo; — el cazador sentimental; — el cazador explotador. — Los jóvenes se visten como los viejos. — Paletos en forma de batas. — Chalecos de por la mañana, de medio vestir y de soiré. — Tres formas de sombreros; la forma inglesa, la forma francesa y la forma abarquillada. — Sombrero de guerra. — Descripción del figurín de modas de este número.

El mes de setiembre con sus vendimias y fiestas de campo no deja otra cosa á la moda y al mundo elegante que los placeres de la caza y de la pesca. Es un gusto presenciar el movimiento de los cazadores en todas las líneas de los caminos de hierro, y es preciso haber oído esos millares de escopetazos que os asustan y sorprenden en medio de una apacible meditación, para darse cuenta de esa calentura feroz que agita á los parisienses y á los provincianos.

Pero ¡ay! por todas partes oigo el clamor de que falta la caza. — Las señoras perdices, esas lindas coquetas de plumaje jaspeado, huyen de las llanuras, y los señores conejos se esconden en sus inaccesibles agujeros.

¡No hay caza este año!... tal es la frase que circula en las provincias como un grito fúnebre. Los cazadores se vuelven á sus casas con el morral vacío, excepto aquellos que los llenan de yerba para que los tomen por hombres de mucha destreza, pues es de advertir que en el gremio de los cazadores hay celos tan terribles, tan crueles, tan implacables, como los que mostramos nosotros las mujeres por un vestido, un sombrero, un aderezo ó un sentimiento. Al otro día se cuenta en el lugar cuántas perdices mató *Don Fulano*, y se concede el premio de excelente cazador al que se vió más favorecido por su perro ó por el acaso.

El traje de los cazadores varía según su posición y según su carácter.

Primera, tenemos el cazador elegante que va siempre vestido muy de serio, y en quien se reconoce al hombre bien educado que sigue las tradiciones de sus abuelos, y que por nada en el mundo se vestirá de arlequin ó de polichinela. Su calzón es de terciopelo ceniciento; su casaca de paño verde, y sus polainas se ciñen admirablemente á su pié y á su pierna. Todo en él respira el lujo aristocrático y distinguido.

Después tenemos el cazador sencillo, que se pone una blusa sobre una chaqueta de cualquier género, y que lleva un sombrero de paja en la cabeza. Este cazador campesino parece un guarda campestre visto de lejos.

Hay además el cazador por ociosidad, el cazador sentimental que se va á dormir á los bosques, donde compone una novela de ilusiones y de promesas que nunca dará á la imprenta. El cazador sentimental muere infaliblemente sobre su cama de hojas secas, mediante un escopetazo del cazador aturdido que rara vez sabe á donde apunta.

Otras muchas especies de cazadores podríamos citar aun, como el cazador explotador que se pone de acuerdo con los cazadores de oficio, les compra su caza y se da por un hombre muy diestro, pero como no es mi fin escribir una obra de cetrería y montería, suspendo aquí la enumeración, y paso inmediatamente á tratar de las modas de invierno.

Los trajes de invierno se anuncian largos, muy largos, lo que, á decir verdad, me causa un verdadero sentimiento. No hay nada más feo que un joven con un levitón tan largo como una bata; es una moda tan extravagante como ridícula. Nuestros jóvenes se visten como viejos; los paletós á la moda se hacen de edredon, de fieltro ó de terciopelo de lana, y van bien acolchados por dentro; se llevan cruzados y no derechos, y su talle es muy largo y ancho (nueve centímetros por término medio), para hablar el lenguaje de los sastres. Mucho daño podría yo hacer á los sastres, tal es la sabiduría que he adquirido en el arte de los pantalones, los fracs y los chalecos. Por eso ningún hombre me engaña; á la primera ojeada descubro si lo que lleva encima sale de una ropería ó de la casa de un buen sastre. Además conozco si es un hombre serio, si es fiel, si es constante en el vestido, y me equivoco raramente.

Volviendo á los paletós, los delanteros se cortan con el faldon y no llevan costura por el talle. Su largo llega hasta más abajo del grueso de la pantorrilla; las mangas se hacen muy anchas con bocamangas redondas; el cuello lleva tapa de terciopelo.

Los sobretodos que se ponen sobre un frac ó una levita, son igualmente muy largos. Por el delantero se notan anchas solapas cuadradas con cinco botones y otros tantos ojales; las mangas son muy anchas, y llevan grandes bocamangas de 14 centímetros de altura, con forro interior de seda color de rosa, azul celeste, verde-manzana. El cuello, las mangas y las solapas llevan tapa de terciopelo. Los colores más á la moda son el bronceado claro, color de aceituna y lord Grey. El azul se reserva para los trajes de soiré y de teatro.

Vuelven á estar de moda los chalecos de grandes solapas para por la mañana. Lo que más se usa es la felpilla de seda lisa, rizada, de cuadros ó de mil rayas, pero casi siempre con un fondo mezclilla ó atigrado. El cachemira y el terciopelo apenas se llevan. Se ven también bastantes chalecos de chal cruzado, con tres ó cuatro botones á cada lado; pero este es un chaleco de medio-vestir, porque deja descubierta la camisa de batista de Holanda. Las telas de estos chalecos son muy sencillas: pocos cuadros; casimir de flores; cachemira de buen gusto; al-

gunas sedas lisas ó mezcladas, negras ó de color; las de rayas no se llevan, á ménos que no vayan al sesgo de la tela.

Los chalecos de soiré se llevarán de chal muy abierto (tres botones por abajo) de seda con hilillo de plata, raso bordado, granadina casimir.

Como apenas ha principiado aun la estación de invierno, y como disfrutamos de un buen estío en el actual mes de octubre, la moda no nos ha mostrado aun sus más importantes novedades. Los sombreros, sin embargo, presentan ya tres formas muy distintas: la *forma inglesa*, la *francesa* y la *forma abarquillada*. También tenemos la *forma de guerra*, como dicen vulgarmente los elegantes, que no es un casco para ir á combatir á los rusos á la Crimea, sino un sombrero redondo para montar á caballo por la mañana, y para dar un paseo por los bosques, en una palabra, es un sombrero-negligé, y no otra cosa.

Sin embargo, á decir verdad, ese sombrerito redondo, aplastado de forma y de anchas alas, me gusta muchísimo, y le prefiero mil veces al horrible sombrero negro que se lleva comunmente, y que parece un trozo de cañon de chimenea. Si los hombres siguieran mi consejo, todos llevarían este sombrero.

Para dar amplias noticias sobre los trajes de invierno y de otoño, me referiré á nuestro figurín copiado y dibujado en los sports de Longchamps.

El primer traje que se ve en la lámina es el de un lacayo con librea lujosa, aunque sin ser excéntrica. La casaca es del género llamado *á la francesa*, de paño encarnado oscuro, cortado y abierto por delante; los faldones largos y anchos, son redondos por abajo; al rededor lleva un ancho ribete (tres centímetros), y de seda tejida con una mezcla de los colores de que se componen los blasones del amo; este mismo ribete rodea las carteras de los lados y las trabillas, y llega por detrás formando tres picos agudos; las mangas llevan altas bocamangas redondas; cuello alto adornado también con el mismo galon que los faldones.

Con esta casaca se lleva un chaleco francés de color escarlata, con cinco botones y abierto á la Luis XVI por abajo.

Calzón corto de pana azul claro, abierto por la rodilla y sujeto con una liga de galon de oro; medias de hilo blanco; zapato con hebilla, y sombrero de fieltro galoneado y con escarapela.

El segundo personaje lleva un traje de otoño: su paletó de edredon bronceado se abotona derecho sobre el delantero por medio de una cartera interior que oculta los botones, y permite que se abra; el corte, visto de espalda, no tiene nada de ajustado, ni tampoco presenta mucha anchura; el medio de la espalda va cortado derecho, pero bajo los brazos la costura produce un sesgo muy acentuado, tanto en el delantero como en la espalda. El largo llega hasta la rodilla, el interior va forrado de seda sin acolchado.

Con este paletó se puede llevar cualquier chaleco; pero en general se usa el de cuello vuelto que se abotona á voluntad mucho ó poco.

Pantalón de cuadritos, de anchura ordinaria y con trabillas.

En tercer lugar vemos un bonito traje de niño de siete á ocho años; su chaquetilla de terciopelo azul Eugenia es de un corte gracioso, aunque en apariencia muy sencillo; los delanteros van adornados con galoncitos de seda, así como las mangas que son muy anchas y abiertas hasta el codo; carteras y bolsillos á los lados y ausencia total de cuello.

Chaleco de piqué blanco muy largo y abotonado hasta arriba, sin cuello.

Pantalón de tela labrada, ancho por arriba, casi justo sobre el zapato y sin trabillas.

El último traje es el de un joven de veinticinco á treinta años. El frac, de hermoso paño negro, va respunteado á borde abierto todo al rededor; las solapas llegan hasta el segundo boton contando por abajo; chaleco blanco de valencias ó piqué derecho y abierto dejando descubierta la camisa.

Pantalón de satén color de perla, ancho de piernas, casi ajustado sobre el pié y con trabillas; sobretodo de edredon ceniciento y avellana; corbata negra de muaré; guantes color de perla, y sombrero forma de Orsay.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

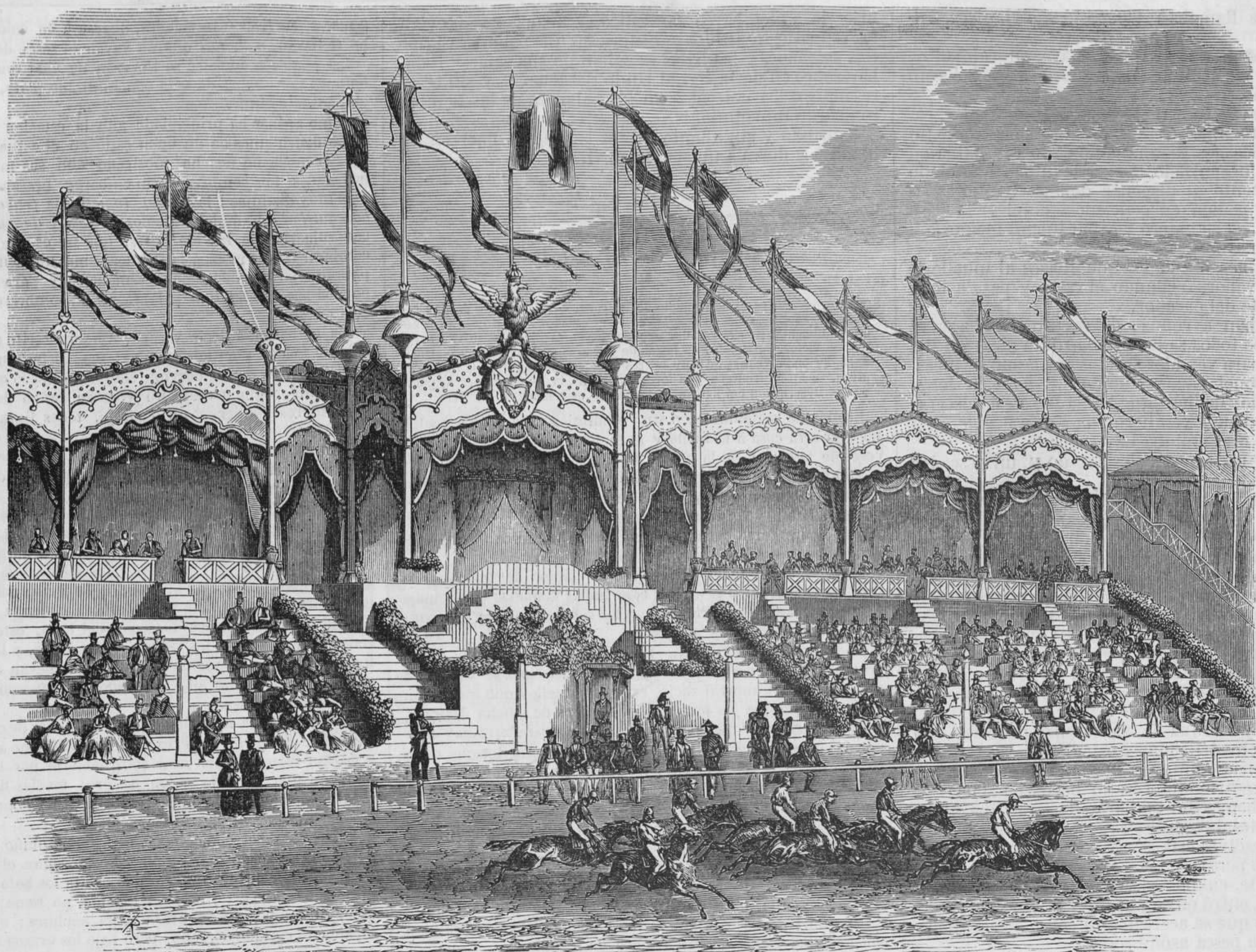
Sports de Longchamps.

El jueves 14 de setiembre se inauguró en las cercanías de París un nuevo establecimiento ecuestre situado detrás del bosque de Boulogne en el camino de Longchamps.

Este inmenso campo para las carreras de caballos comprende más de cien hectareas de terreno y se halla cercado con una empalizada. El terreno no puede ser mejor; se halla bien descubierto y presenta todas las comodidades que se requieren para las carreras. En el centro de la línea que forma el recinto por el lado del bosque de Boulogne, se han dispuesto tres grandes tribunas para los espectadores, desde las cuales se descubre un magnífico panorama. Primero se ve el valle del Sena cubierto de árboles, de verdura y de bonitas casas de recreo, y en el fondo se destaca el monte Valeriano en los horizontes que se extienden por ambos lados.

La inauguración del juéves se verificó mediante una ceremonia religiosa. En el centro de las tribunas se había elevado un hermoso altar desde donde el señor cura párroco de Neully bendijo el campo de las carreras invocando la protección del cielo para las luchas pacíficas á que se destina, no siempre exentas de peligro.

Después de la ceremonia religiosa los convidados se sentaron al banquete que dieron los fundadores de la obra á la prensa parisiense. Una tienda elegantemente adornada con guirnaldas de flores reunió en torno de

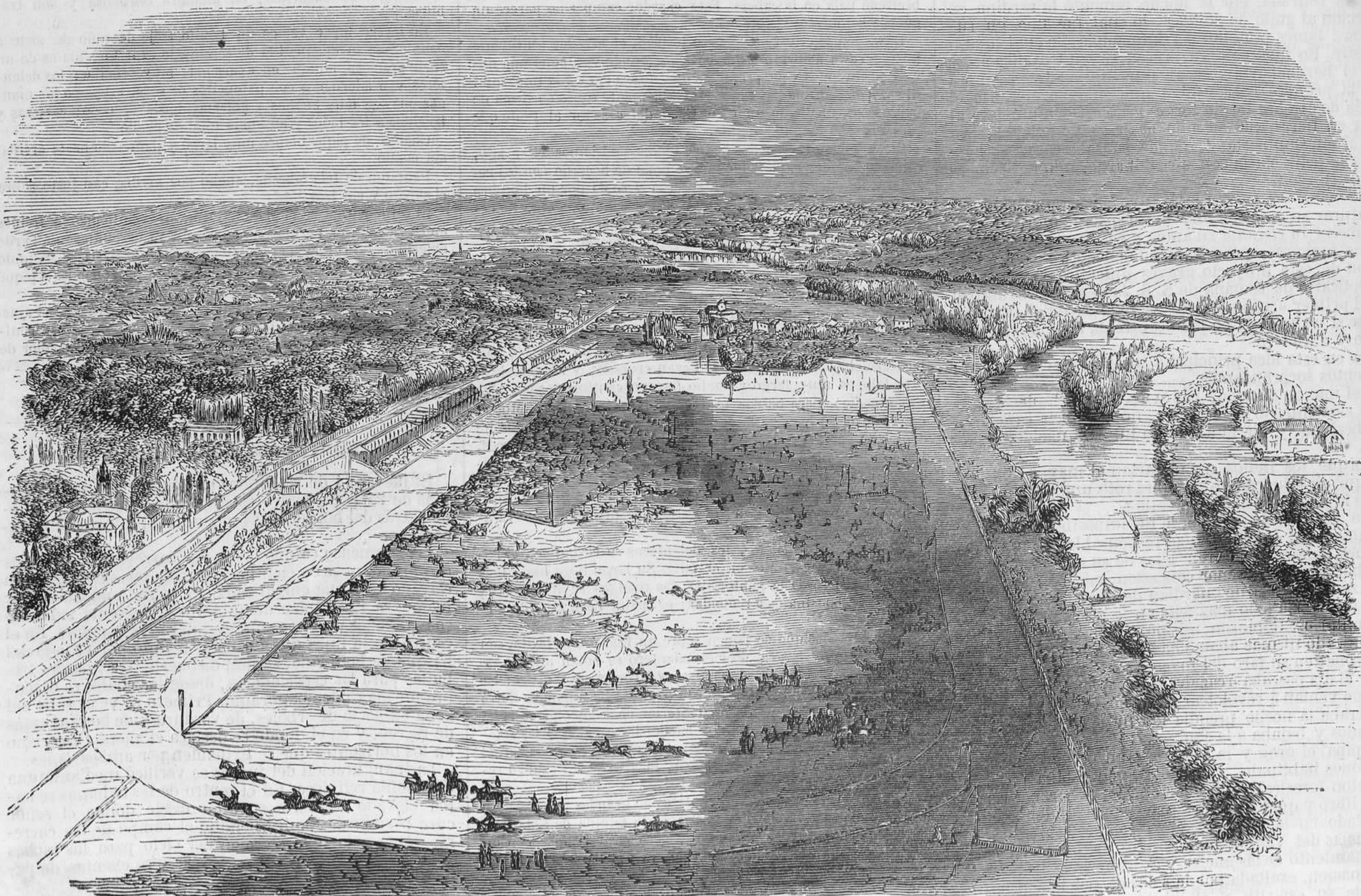


Sports de Longchamps. — Vista de las tribunas.

una mesa bien servida á todas las notabilidades de Boulogne y de Neuilly, con los representantes de los periódicos de la capital.

Al domingo siguiente tuvieron lugar las primeras carreras de caballos en el nuevo campo, pero por desgracia no dejó de llover un solo instante, de modo que

el público escogido que acudió á ellas apenas pudo disfrutar del espectáculo. Sin embargo, la entrada de aquel día produjo á la empresa mas de 3000 pesos fuertes.



Campo de las carreras de caballos de Longchamps á vista de pájaro.